



860-3(866) ALVAREZ

A 473

g 3

Para el distinguido y exquisito  
literato Don Nicolás Jiménez,  
con mi simpatía y admiración  
sinceramente

Ricardo Álvarez

ESPIGAS  
DE LA  
NOCHE

.27-III-1927

(CUENTOS, ESTUDIOS LITERARIOS)

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº	7771 AÑO 1991
PRECIO	DONACION

0003126 - J<sub>o</sub>



Ricardo Alvarez

ESPIGAS  
DE LA  
NOCHE

QUITO  
—  
MCMXXVII



# BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito



REF. N° ..... 1.402.....

FECHA DE CONSTATAION Diciembre... 1.950...

VALOR ..... S/ 5,00.....

CLASIFICACION .....

## Normas al Amigo

A RICARDO ALVAREZ, EN SU  
LIBRO PRIMIGENIO, A MANERA DE  
PÓRTICO.

Dice, sutilmente Emerson: "No olvidéis la máxima de Sidney: "lee en tu corazón y escribe". Quien escribe para sí mismo, lo verifica para un público eterno" En efecto, mi credo es el mismo que éste del admirable filósofo de Yanquilandia. Un libro vale, cuando en cada una de sus páginas, en sus detalles más pequeños, podemos encontrar el aliento de una alma, la emoción humana e intensa que sólo es capaz de dejar la vida vivida. Que en cada estrofa, en cada línea de tu poema, pongas ¡oh hermano! un pedazo de tu propio corazón; que en tu obra, se desgarré tu espíritu y haya la sangre de tu sangre y la carne de tu carne. Hay un sólo rito estético

## VI

que merece culto el más férviante y que ha de estar grabado en la primera página de todos tus libros: la Sinceridad. Que tu poesía sea tu vida. Exprime de tu viñedo interior el néctar rubio, y escáncialo, generoso, en la copa que has de ofrecer a todos los hombres. Abre tu corazón y dáselo como en inusitada ofrenda. Yo bien sé que muchos, casi todos, no comprenderán tu dón y se reirán de él; pero no importa ¡oh hermano! Tú estás ya depurado; tu alma se ha sustilizado y elevado, y ya sabrás sobreponerte a estos pequeños, inevitables desdenes del mundo. Ante ellos, piensa más bien, que por lo menos, uno entre mil paladeó el néctar que tú ofreciste, prodigalmente, y se inebrió de su dulzura y de su divina suavidad. Y sabes tú ¡oh hermano! cuánto vale la conquista de un alma.

Pón tu vida en tu obra. Y reflexiona que hasta en la más humilde vida humana, hay un oculto tesoro de Bien, de Verdad y de Harmonía, que sólo necesita ser conocido y laborado con cariño; si lo es, ha de dar, irremediabilmente, oro de su entraña, oro brillante y valiosísimo, rubio como el sol, como la espiga del trigo, como la cabellera de la mujer amada.....

## VII

La voz serena y sabia de la Filosofía nos dice que toda nuestra obra debiera encaminarse a la conquista de nosotros mismos. Hay, para cada hombre, este objetivo: buscar el propio corazón, adentrar en él y comprenderlo. Hemos de modelar nuestra vida interna con el cariño y la laboriosidad con que aquellos monjes artifices de Medioeva contorneaban el asa primorosa de un jarrón o miniaban las áureas iniciales de un místico breviario. Cuenta la leyenda antigua, aromada de un santo aroma espiritual, cómo sólo la Muerte pudo arrancar de su obra a uno de aquellos sacerdotes orífices: se llamaba Juan Segovia, y había puesto su alma y su vida en la exquisita y pacienzuda labor que realizaba. Nada logró distraer de su trabajo al monje. Y un día sereno y claro, mientras la luz del sol amarillento se filtraba al través de los vitrales del austero claustro y besaba con unción las piedras frías del enlozado, la intrusa puso su hálito definitivo en los labios silenciosos del fray Juan de Segovia y separó sus manos fervorosas del asa de jarrón primorosa que el artífice cincelaba, hacía luengo tiempo, con tan apasionada devoción. El ejemplo magnífico de este artista lejano debe presidir, con su claro y admirable simbo-



## VIII

lismo, nuestra conducta humana. Cinceleemos a nuestro propio corazón. Y que sólo la muerte, con su ósculo, corte esta obra ferviente y altísima.

¡Feliz aquel que, a través de toda la jornada, corta o larga, siguió el dictado de la Filosofía. Y en su copa escanció sólo el vino de sus viñedos! ¡Feliz aquel que pudo cotidianamente, encauzar su vida dentro de su norma espiritual!

Mas, para ello, ¡hermano joven que apenas has llegado a bordear la primera adolescencia! Urge encontrar una orientación; es necesario darle un sentido, un valor cualquiera a la Vida. No hablo, como ves, de orientaciones únicas. Ni tampoco definitivas. Ya que todo cambia y va perfeccionándose progresivamente. Y nada tiene un valor absoluto.

Ahora, yo te he dicho ya: una orientación cualquiera que ella sea. Yo se que si para encontrarla, pones tu corazón y es él quien va a marcar-te el sendero que has de seguir, ese sendero será, inevitablemente, armonioso, bueno y justo: porque lo abriste guiado por tu espíritu. Y tu espíritu estaba penetrado de fervorosa claridad. Y tenía ansia de perfec-

## IX

ción y de justicia. Tú sabes que la justicia es también una obra de arte, que ella encierra en sí una euritmia prodigiosa, como una bella estatua de la escuela helena. Y sabes que, como en esa misma estatua, en la vida de un hombre justo impera, como norma, la Serenidad.

Pero la Serenidad ¡oh hermano! es, precisamente, el mayor tesoro humano. Ella nos depura y nos eleva; a ella tenemos que tender como a máxima aspiración, como a síntesis de la vida. Y más aún si la conquista de nosotros mismos de que enantes hablábamos, necesita, para realizarse en plenitud, pasar por ese como filtro maravilloso, como crisol en que se funden las almas para cristalizarse despojándose de la escoria, de esta inevitable escoria humana. El hombre sereno posee un venero inestimable y puede cultivar, orgulloso, su jardín interior, aquel rincón florido e íntimo preconizado por Cándido, aquel pedazo de tierra, húmedo y silencioso, entre cuyas humildes tapias, cubiertas de madreselvas y de rosas silvestres, está encerrada la Filosofía.

Yo te digo, hermano: el hombre sereno es dueño y señor del Universo;

porque es dueño y señor de su propio corazón.

Y el hombre sereno, que ya encontró en sí mismo el sentido de la Vida, ha de penetrar también, profundamente, en ese otro, más oscuro en apariencia de la Muerte. Y ha de extraer de él la esencia de una filosofía plácida y tonificante que le preserve de la obsesión dolorosa de la existencia que se trunca.

La Muerte ¡hermano!, la Muerte que tanto turba este pobre espíritu del hombre, su cuerpo efímero que, angustiosamente, quiere agarrarse a la vida y morder rabiosamente sus senos sabrosos y sugestivos; la Muerte, aquella Parca hosca y cruel de las lamentaciones, no es, para el alma recta, sino un leve accidente en este proceso infinito de las vidas, que se transforman y se transforman hasta llegar a la esencia.

Ten siempre para la idea de morir una tranquila sonrisa de consolación.

Y aún piensa, si quieres, con el dulce Anacreonte, que "el tiempo alado huye cual la rueda de un carro" y que bien vale la pena de gozarlo in-

## XI

tegro, sin preocupación por lo que será mañana.

No olvides ¡hermano joven! estas dos verdades: que el fin más alto del ser es la conquista de sí mismo y que la Muerte, la Muerte dulce no es sino la afirmación de nueva vida. Mantén a flor de labios todas estas bellas sentencias, tan profundas, de Epicuro, acerca del No Ser; que los versos armoniosos del viejo Omar Kháyyam informen tu criterio y se incrusten, como en un alto Tabernáculo, en tu corazón.

"No dejes que la tristeza te agobie y que absurdos temores turben tus días; no abandones el libro, los labios de la amada y las perfumadas pelusas, antes que la tierra te recoja en su seno".

**Luis Aníbal Sánchez**





# VIDAS QUE PASAN



## UN CAIDO

Gastón Fernández no podía detenerse en el vértigo de su anhelo y pasaba de las exageraciones del color a la locura del perfume. Ya le gustaba una mujer del teatro con sus extraños vestidos y su evanescente palidez, ya desfallecía por una "refinada", por una de aquellas pálidas efigies del hastío de cuyos senos parecía emerger un oleaje de encantos. Algunas de éstas, sabias conocedoras del corazón humano, de ese pudridero en donde cantan ruiseñores locos, le mostraban indiferencia para ver de aprisionarle. El, luchaba tenazmente por vencerlas, por vaciar la copa del éxtasis y arrojarla luego, y si esto no conseguía, adentrábase en el hospital de sus recuerdos y agitaba las divinas cabelleras de mujeres vencidas y olvidando un fracaso cualquiera pensaba que bien valía la vida de un hombre por muchas vidas de mujer....

Pero el cansancio inevitablemente le hizo buscar otro camino.... ¿Todas las mujeres no eran iguales? Para el amor vicioso, para el amor caído, todas, en efecto, son iguales; apenas la diferencia estriba en el diverso color de la tez, en la gracia de los labios, en la sugestión de las pupilas .... Para el amor único, para el amor puro, todas las mujeres son diferentes, y no hay mujer más bella, más



inteligente que la amada con quien sueña uno en los crépusculos. Fernández no podía buscar ese amor porque las garras felinas del vicio habíanle desgarrado el cielo de sus sueños, enseñándole a buscar sólo un fermentado placer.

Cuando fatigado de su vida desordenada sintió ese inefable deseo de reposo, se fué al campo con Nina, una modistilla inteligente a quien conoció en un bazar. Era ella rubia, delicada, fresca, con lindos ojos color de mar....

\* \* \*

Transcurrieron varias semanas felices. Una visión optimista se abría en sus almas como una alborada anunciadora y la dulce sugestión del amor siempre nuevo regaba en el esperanzado valle del espíritu las pomposas flores de ilusiones radiantes. Todo tomaba caracteres de dicha ante sus pupilas soñadoras y ávidas. Las amistades creadas en el campo, por esa imprescindible necesidad de comunicación les parecía inmejorables. Hasta los paisajes, antes incomprensidos, eran en el alma de ellos como frutos de luz encendidos en un anhelo de dicha grande. Adentrado como un vidente en aquel pensamiento grandioso que dijo el poeta: "Todos los ojos verán la estrella como una simiente de oro en el fondo de las aguas negras; pero en el halo misterioso cada mirada penetrará con una visión distinta", podía surcar su barca a maravilla en una dirección propia de su anhelo.

Y es que el espíritu sutil de Fernández lo determinaba y ni la visión de la muerte, esa amarilla visión que causa tantos desvelos a niños, mozos y ancianos, sugería-le la necesidad de opacar un dulce miraje, que por real y falso, paradójicamente, era delicioso.

En el silencio hondo del alma, como esas lunas de embrujo que aparecen en las noches de desolaciones, empuñabanse las nuevas ansias ilusionadas extendiendo sus cbelleras, fragantes corolas de esperanza y fe. Entonces, las inquietudes despertadas en tumulto, forjaban panoramas de insuperable hermosura como el mar divino y loco, cuando se manifiesta con su exquisito mal dando tonalidades a los deseos de los viajeros que cruzan en flacos y misérrimos barquichuelos, el terror de las hondas voraces. Así se abrían los jardines vehementes esparciendo en el ambiente un diluvio de anhelos.

\* \* \*

De regreso del campo supo la fatal noticia inesperada: su padre había muerto de un ataque cerebral. Todo el cuadro de su infancia se le presentó a su memoria. Recordaba sus primeros años de escolar, cuando al ir a las aulas recibía el beso del papáito. La alegría de las vacaciones, cuando ya estudiante universitario, allá en la lejana heredad.

Luego, el cuadro fúnebre que creaba su imaginación le estropeaba el buen humor. La tristeza principió a invadirle y con su océano de brumas le veló la visión optimista del ayer.....

Comenzó a idear su situación al haber nacido de otros padres, al carecer de las comodidades de que gozaba por el dinero acumulado mediante el trabajo de los viejos. El pensamiento agitado con estas ráfagas de pesimismo hundíase más y más, en un abismo inexplicable y sin salida. Adentrado en una filosofía amarga, iba destrozando todas sus teorías.

Rompió duramente con Nina y decidió volverse a su tierra de América, a la tierra del sol, tan pequeñita y sin embargo, tan llena de encantos, con sus selvas seculares, sus ríos pintorescos, sus nevados grandiosos, sus sombríos páramos en los que llora su elegía el rondador; volver a la pequeña ciudad de las torres innumerables y del eterno silencio a llenarse de poesía y de bondad, a vivir la vida apacible.

Instalado en su ciudad, en su tierruca, ni siquiera quiso recibir a sus antiguas amistades. Se había realizado un cambio brusco en su carácter.

Transcurridos algunos días, sin decir a nadie nada, se fue a su hacienda. La inesperada llegada causó sensación en el pueblo. La gente pacífica y buena, comentaba sus vestidos raros, sus gustos estrambóticos, y más tarde, principió a hablarse de ciertos vicios "terribles" que había traído de tierras de Francia.

Gastón Fernández para calmar su hastío, hacía grandes recorridos de su hacienda a la ciudad, en un bello automóvil de su propiedad, a velocidades increíbles. Cierta día, los íntimos sintieron un fuerte calofrío al leer un suelto de crónica, en uno de los diarios de la ciudad:

### **"Un accidente fatal"**

El conocido caballero señor Gastón Fernández, muy apreciado en nuestra mejor sociedad, ha fallecido el día de ayer, a consecuencia de las fuertes lesiones que sufrió hace pocos días por el accidente automovilístico....."

## PAGINA DE NOVELA

A Cantenás no le importaba el pasado; su alma estaba llena de inmensidad y gloria con aquel principio del amor; su deseo le hacía verse desfigurado con una inconcebible pequeñez, y ante ella experimentaba la voluptuosa tristeza que produce la timidez o el poco conocimiento de la vida, sintiéndose un hermano, un niño suave al que se lo minia por inexplicable y rara simpatía.

Terminada la fiesta, bulliciosa para unos, taciturna para otros, filosófica para tantos, el acompañó a Nimphe hasta su modesta residencia. Ella había ido a la diversión en compañía de Tita, su hermanita menor que apenas alcanzaba los catorce abriles y que demostraba una gentileza y un espíritu vibrante, inconfundibles. La noche bañábase de luna y de silencio, de "ese silencio que prepara la vida" y que hace dulce la melancolía. Las palabras que se perdían en el espacio incommensurable no tenían valor alguno ante la grandeza de la naturaleza. Tita de vez en vez rompía el mutismo de su alma inexperta con frases ingenuas: "Las noches oscuras me dan miedo.... Qué bonitos se ponen los árboles con la luz de la luna...". Cuando llegaron a la casa, él se despidió lírico y fervoroso como nunca. Acaso, dijo como el poeta: "¿Nos ve-

remos mañana como siempre, mi amor?”, para que ella le respondiera: “siempre mi amor te esperará!”. Al separarse, ambos quedaban sumidos en aquel sentimiento de felicidad y dicha de vivir que despierto, travieso y fanático como un lírico pájaro, revoloteaba en los senderos del corazón embriagado, iluso, primitivo de Canterás y en el alma escéptica, sufrida y ya experta de ella.

Al día siguiente cuando “un oro de violeta sobre el bullicio urbano de autos, landós, peatones, sobre todo rumor encendía en los aires la hora del Ticiano”, se vieron efusivos y tremantes, deseosos de acrecentar la maravillosa visión de sus vidas ya unidas. Acordaron separarse de la multitud ambigua y se dirigieron a un parquecillo cercano, y en ese retiro sentimental, pródigo para mil ideas y sobre cuya arena dorada las hojas susurran pensamientos celestes ayudando al hombre a la conquista del mundo, acompañados de la soledad que languidecía en los pechos, se dijeron esas pequeñas cosas, esas insignificantes frases que la pasión las engrandece y que son para los amantes tesoros inefables.

El, tomándole las manos de un marfil purísimo y de finas líneas correctas sentía desfallecer y como que un extraño lloro interno lo embrujara; ella, mirando distraída los jardinillos curvos del parque, se henchía de suaves aromas venidos de los rosales que desvanecían sus botones en el aire glotón. Inconscientemente, del fondo del alma vigilante, “del fondo de la ternura acumulada en el silencio”, brotó como una hostia de oro para la comunión de dos seres afines, el divino beso uncioso y grande como la inmovilidad. Ambos pensaron que sus vidas estaban unidas y que lo que había sucedido tenía que verificarse. El, sobre todo, ebrio de amor, de ese amor que colma de

armonías el valle silencioso del espíritu joven, sentía en su interior un extraño colmenar de ilusiones que le hacía bendecir al sol, a la brisa que aroma, a los campos que cantan su canción pródiga, al cielo cóncavo que copia la dulzura de la tierra y al divino mar que pinta cielos infinitos en el agua quieta. Ella, lánguida, desfallecida, con las pupilas anhelantes como que avizorara un edén desconocido hasta entonces, pensaba que bien valían esas horas de intenso desasosiego, de dolor profundo, esas antiguas horas que venían como cansadas de algún lejano puerto, a estas horas de visión feliz que ahora se le presentaban.

Para Cantenás el amor de Nimphe, por ser el primero, le absorbía toda conciencia de individualidad. Así, pues, junto a ella se llenaba de eternidad y como un místico, sentía rozar su frente el ala embriagada del éxtasis.

Como el primer día de la primera cita, se sucedieron otros y cada cual traía en su seno una mágica ánfora de encantamientos, nuevas perspectivas de felicidad, nuevos jardines ideales, infinitas ternuras. En las almas que se constelaban de estrellas hablaban los sueños elocuentes; y las quimeras, empinándose hacia los espacios siderales como gusanos de luz, hurtaban a la realidad su desnudez florosa.....

\* \* \*

En un barrio pintoresco, la pareja amante vivía feliz. Cantenás pensó hasta en renunciar a sus estudios para "alargar el tiempo y vivir la belleza de la vida".

¿Estudiar? No valía la pena de consumir la juventud, fatigándose en los libros. Después de todo, ¿qué se sacaba de los libros? Una angustia en el cerebro, un en-

carnizado pesimismo en el alma; una sabiduría amarga, una filosofía ignorante llena a cada paso de interrogaciones . . . . Y él repetía con el poeta:

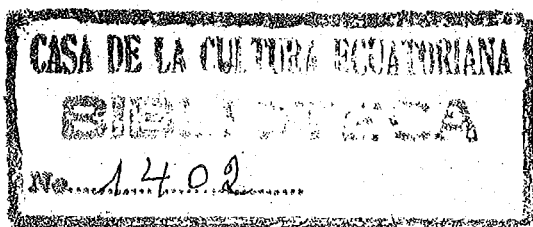
“Los libros son perversos . . . . .  
Es mejor que no leas  
Mi más grande tristeza  
me ha venido de ellos!”

Los primeros meses fueron para Cantenás de supremo placer, de alegría retozona y fresca. Cada detalle de ternura, cada nueva perspectiva mínima le exaltaban de contento. El barrio, los niños bullangueros, la gente vecina pacífica y buena, todo parecía cantar un ritmo elocuente en su alma.

A poco, sin embargo, sintió que algo se trizaba en su espíritu. ¿Qué era aquello? La ilusión que moría, el anhelo satisfecho que ya no poblaba de rosales el jardín. Traspasada la cumbre, rotos los obstáculos, qué cansancio de todo!

Nimphe, sin embargo, se esmeraba cada vez más en complacer a Cantino y éste con un principio de indiferentismo, buscó la locura trágica del tapete verde; y en una memorable noche de amargos recuerdos, salió tambaleando, sin honor y sin dinero.

En su vida había una predestinación fatal; no seguiría nunca la línea recta, siempre iría serpeando como una flecha de diamante.



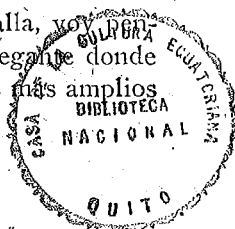
## FRIVOLIDADES

Mientras pregunto a mi amable y linda compañera Alida—empedernida admiradora de Alice Brandy, de la Talmadge de Theda Bara y últimamente de Iva Forrester— el por qué de su gesto displicente y travieso y de su indiferentismo frívolo, la concurrencia del pequeñín y elegante Teatro ha hecho un súbito silencio. Luego, las sombras invaden el salón. Empieza a proyectarse la cinta en la albura del lienzo, y Alida, suspendiendo el hermoso charlar, me invita a contemplar la visión!

Es una obra de exquisito gusto: una historia amorosa llena de angustia y de dudas interrogantes! Y es la eternización del momento soñado por todos, cuando se tiene en el alma el inefable don de la juventud y se piensa en caminos optimistas!....

Ella y yo contemplamos interesados el desenvolverse de las escenas que se suceden con un lujo exótico y el fluír elegante de los gestos de la "estrella" que tienen, una artística, divina flexibilidad, tanto para el dolor que abrumba como para la alegría incitante o para la incertidumbre....

Mientras desfilan los cuadros en la pantalla, voy pensando que un salón de cinema es un retiro elegante donde se puede ensoñar y dejar que vuelen, a campos más amplios





nuestras ilusiones, olvidándonos de las sombras, de las desesperanzas cotidianas, hilvanando sutilezas para el espíritu prematuramente cansado que clama ante el dolor inevitable del siglo que se derrumba, y que necesita de un espacio armonioso para que la claridad latina de sus ideales, tomen mayor proporción con un aristocrático refinamiento.

Y es Ella, mi linda compañera, con su dulce **esprit francais**, con su diminutas opiniones estéticas, quien me sugiere todo esto .... Su afición al cine, a las escenas deslumbradoras de colorido, a las hazñas extravagantes, a veces, muy humanas, en que todo se perdona con una sonrisa de oro, le han conquistado, haciéndole una **habitué**. Sus opiniones de los momentos inquietantes de la película sugestionan y seducen. Esta **mademoiselle**, pequeña, rubia, con serenos ojos de cielo, sabe decir muy bellamente lo que piensa....

En el silencio del salón sus palabras parecen florecer, luminosas, profundas en una enseñanza amorosa, cuando dice al finalizar la película:—Mire Luciano, ese gesto de encanto. Se dicen que se amarán más allá del dolor, del terror, de la muerte! Le contesto afirmativamente, mientras ahondo con mi inquietud actual, el misterio armonioso de su corazón movable y cambiante; generoso y amplio en sus ideaciones; refinado en sus sentimentalismos ....

\* \* \*

La concurrencia va desfilando. Y nosotros silenciosos abandonamos también el salón, pensando en tantas cosas extrañas, en un amor inaudito, en mil locuras sugeridas mientras se proyectaba la cinta y mientras los acordes

armoniosos de la orquesta elevaban al espíritu en un fantasear risueño que luego había de destrozarse ante la realidad haciéndonos ver la proximidad de nuestro propio dolor, el engaño de los minutos fugitivos que aprisionaron pocas rosas para el campo yermo de tantas vidas!



## EL AMOR DE MARIA TERESA

En aquella tarde fría, mientras vaciábamos unas copas en el bar, Paquito Valdez, el “murmurador de vidas” como cariñosamente le llamábamos, procuró amenizar los instantes relatándonos la final historia amorosa de Alejo Astorquiza, un ex-cofrade nuestro.

—Vamos, Paco, empieza, que debe ser cosa interesante, le dijimos con la impaciencia del que se apresta a saborear un capítulo de vida.

Comenzó a relatarnos con el gesto resignado y suave, como si evocara imágenes o un suceso semejante de su vida y como interrogándose acerca de la elocuente flexibilidad del alma para abarcar emociones infinitas y distantes. Era el desenvolverse de la película eterna y real con que se fijan los sueños y los recuerdos que después, agitándose como blancos pañuelos en la vagorosa calma de la serenidad tardía ponen en el alma una amargura o la tonalidad creciente de un placer nostálgico.

.....

Alejo Astorquiza, poco tiempo antes de graduarse de ingeniero, conoció a María Teresa, en una casa aristocrática que era el **rendez-vous** de la mejor sociedad. La no-

che de la presentación se bailaba y se bebía y cada pareja envolvíase en la armonía bruja de una música dislocada, música de jazz, bullanguera y exultante. Parejas de amantes y de extraños tejían una red comprensiva de miradas, mientras con palabras castigadas, con epitetos galantes, muchos y de los más jóvenes, trataban de fingir el amor para ver de conquistar un paraíso.....

María Teresa no era una belleza, pero tenía la fresca simpatía de la juventud, y sobre todo, igual a un precioso estuche de perfumes misteriosos, excitaban violentamente sus dieciocho primaveras invioladas y la frescura absorbente de sus anhelos ilimitables, que se descubrían en las pupilas infinitas. Su sonrisa era un tesoro por la estilización del gesto ambiguo, travieso y dislocado, como en una ansiedad por encontrar ocultos goces.... Su carácter lleno de complejidades excéntricas, de locuras nada vulgares, y su diletantismo prolongado en excesos sugerentes, justificables, que se traslucían vagamente al observador, hacíanla fuerte para aprisionar el corazón aventurero del que quisiese:

“Como un ir y venir de la ola del mar  
....ser en el querer:  
dejar a una mujer para volver,  
volver a una mujer para empezar”.....

Alejo no es iluso, ni lo fue. Puede ser un profesor de amor. Sin embargo, en los primeros meses de amor con la chiquilla, su carácter cambió notablemente. Los amigos contábamos pocos minutos para conversar con él. Alejo era la sombra de María, y ella, después de su conquista, se mostraba con él displicente, a veces tan fría que parecía no quererle. ¡Fue para acrecentar más, para desbordar la pasión de Alejo!

Luego, se sucedieron los paseos a solas, mirándose en las pupilas, cambiando besos con aquella "dulce serpiente, suave y larga poma, fruta viva y flexible, seda, aroma, entre rosa y blancor". Y fueron algunas tardes de gloria en que, mirando la agonía del crepúsculo y los momentos cambiantes del paisaje, oían la música humilde de los pájaros en las ramadas temblorosas. Y fueron muchas las dulces veladas en que se tocaban romanzas de Mendelssohn, sonatas de Beethoven o elegías de Grieg.

Parecía, en verdad, la apoteosis de un amor eterno y romántico que tejería una guirnalda triunfal en la calma desfallecida de los silencios contemplativos.

Después de algunos meses de la batalla amorosa, el mismo Alejo relató su rompimiento, con la rediviva sonrisa burlona de otro tiempo. ¡Era ya el mismo muchacho latino de las correrías, de la vida fácil con delineamientos acentuados!

Recuerdo que me dijo:—¡Qué hacer! Soy así y no podré variar mi temperamento aún sugestionándome. Ella, llorará, pensará que es desgraciada, pero, estos son los signos inevitables en la vida.

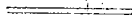
Alejo, burlando los anhelos matrimoniales de ella y su familia, marchaba al exterior, cuando en el puerto recibió una esquila de ella. Le decía: "Burlar el amor de una mujer es fácil, pero no así su venganza. Alejo, como fue mi amor por ti es hoy mi odio: hondo, intenso, grande. María".

Mas, como ustedes saben, Alejo ha regresado a los dos años.

María Teresa, con engaños de arreglos en la hacienda de su esposo, el caballero que ustedes conocen y que se

casó con ella a pesar de sus veinte años más, lo ha buscado. La senectud del buen hombre, ha vivificado la llama pasional de otro tiempo en ella y trata, con el beneplácito de Alejo, un Alejo diferente del antiguo amigo nuestro, por supuesto, de conseguir el divorcio. Como corre el dinero y se han puesto en actividad las valiosas relaciones, he sabido que todo se arreglará en este mes y que en el próximo marcharán para Europa, en viaje de placer.

Y el “murmurador”, nuestro buen Paco, terminó el relato diciendo:—¡Miren las venganzas de la mujer! Es mejor no provocarlas demasiado porque a lo mejor se divorcian de un buen hombre, para aprisionar a “un mal hombre”, a un “latino” de correrías y de amores al escape. Y el matrimonio, como le va a suceder a Alejo, es una bonita cadena de rosas, pero . . . con mucha espina . . .



## EL FRAGASO

—Ahora no soy un chiflado amoroso, dijo Paco Arrieta ante la “dulce regaloncita Lili”, una muchacha de belleza exaltadora, deliciosamente rubia, con un poquitín de coquetería en sus gestos de infantilidad.

Y en el gran salón, profusamente iluminado, aislado de los demás concurrentes, Paco continuó, nervioso y exaltado:

—Mire, Lili. Hoy le haré mi confidente. No le diré el nombre de ella porque es mejor que duerma en la sombra de las horas.....

Despaciado, procurando ocultar su exaltación, recordó de su vida de antaño, de aquel cariño de arrobamiento que fue lo mejor de su vida juvenil. Ah! como lo recordó. Era un reproche para ella esta rememoración, un reproche para su corazón sórdido ya bautizado cómicamente por la vida y al mismo tiempo, la señal impasible de que su alma era de negociado.

Había sido el idilio más lindo! Un ensueño que colmaba de felicidad el anhelo inefable de dos vidas en un concierto de armonías optimistas. El amor palpitaba en los dos corazones, glorioso, bello de infinito..... Los paseos



en el parque llenándose de poesía embriagadora, oyendo el murmullo de las fuentes, el trinar de los pájaros. . . . . no podían narrarse porque faltaban palabras evocadoras, palabras de seda que pudiesen decir de su encanto de primavera.

Y sobre todo, los graciosos viajes, al azar, en las noches de luna, cuando, devoto, decíale al oído madrigales entusiásticos a sus ojos de infinito, y, con un valor ficticio, apenas podía besar su cabellera.

¡Cómo alumbraba sus puertas el sol, cuando en la mañana se levantaba, sonriente y feliz, siempre pensando en ella! Era ¡tan linda! Pero Paco llegaba siempre tarde. Era su sino. Esa felicidad tan deseada no debía ser de él. Los cuarenta duros miserables que ganaba no eran un aliciente, nunca podían serlo. — Tampoco su talento servía para la conquista y para asegurarse un cariño. Eso pensó cuando le dijo a Ella, a la fatal, en un presentir muy justo, cual un profundo psicólogo:

—Tú te irás, hermanita. . . . Y no será por cariño. . . . Me dejarás solo y con un fracaso en el alma. . . .

Sí, se fué. Y no fue por amor, bien lo sabía. Despreció su cariño, traicionó sus más nobles ideales, por mercantilismo, por el fulgor amarillo del oro embriagador, por mezquinos convencionalismos sociales. . . . ¿Qué más le daba a ella? Un capital de cientos de miles de duros, el nombre de un capitalista, no eran para despreciarse.

Descansó un momento, prendió un cigarrillo, y tranquilamente continuó:

—¿Verdad Lili que en la vida a ella no le hubiera servido llevar el nombre de un Arrieta?

Sin esperar contestación prosiguió:

—Lo más doloroso fue que ella, una vez sellado su compromiso con el otro, no quiso que me despidiera. Yo, con un gesto de resignación, aún anhelé entregarle su correspondencia, sus retratos.

Ahora, es demasiado tarde..... ¡Ha pasado tanto tiempo!

Sin embargo, a veces, en la soledad de mi cuarto de estudio, pienso que esto no ha podido suceder. Entonces recuerdo las palabras de una de sus cartas que me causó mucha impresión: "No sé Paco por qué sufro tanto; por qué los atardeceres risueños son lágrimas para mi. ¡Qué terrible realidad! ¡Qué sufrir! Es que te amo, te amo!, quisiera gritar este amor mío, muy alto, aún cuando ría la gente... En esta tarde, Paco, ha sellado un juramento ¿sabes? Seré tuya, sólo tuya en la vida".

—No sé como aquella mujer, amándome, como ella me decía, se haya ido. Yo anhele sólo que ella vaya por la vida muy feliz con sus riquezas!

\* \* \*

Por las pálidas mejillas de Lili rodaban dos lágrimas que ella procuró ocultarlas secándose rápidamente con su fino pañuelito perfumado.

Paco, mirando vagamente a la concurrencia, ocultaba ese dolor de fracaso. Luego, encendió un cigarrillo y con aire de niño travieso y displicente, dijo.

—¿Verdad que es bonito ser del cenáculo de los engañados que van en la farándula de la vida?

Los dos, en una ausencia de realidades, no oyeron la sonora voz del paje que lanzaba, desde las puertas del salón, los nombres de un capitalista de prestigio y de su linda y joven señora esposa.....



## LAS BELLAS INQUIETUDES

Laura María es una deliciosa muchachita de diez y ocho años que siente especial y amable cariño por mí. Me la presentaron en una reunión simpática, en casa de unas amigas de mi familia y desde el primer vistazo que clavé en su esbelta silueta, quedé prendado de ella. Tiene una suave atracción misteriosa; un dulce encanto fluye de toda su persona. Cuando habla, su voz es una música vibrante que me indica extrañas perspectivas de vida.... Dulce es su voz y melodiosa y llena de mimosidades.

Desde aquel día de la presentación hemos cultivado nuestras relaciones de amistad con mucho interés de ambas partes. Creo que hemos llegado a comprendernos, y a fe mía, esto ha sido para mí un gran bien. Me hacía falta, en mi vida de muchacho soñador y displicente, una muchachita amiga que sepa disipar con dulce gesto caprichoso, las penas raras que, de cuando en cuando, amargan las horas. Sí, porque ella tiene bellas excentricidades, dulces arranques abiertos en una extensión elocuente de posibilidad, apasionamientos frívolos arraigados voluntariamente y sin razón fija, y una artística sabiduría moderna que a todo se adapta.

A pesar de mi carácter brusco y razonador ella procura infiltrar en mi espíritu desencantado sus teorías amables de vida y arte. ¡Y es de oírle sus palabras finas en las que palpitan todos sus deseos, todas sus hermosas inquietudes exaltadas! Recuerdo la deliciosa conversación del domingo pasado, en el parque bullicioso, cuando como dos camaradas sentíamos la dulce satisfacción de una sincera intimidad de ideales.

—Luciano, hay personas que no comprenden el alma de la mujer ¿verdad? Es un encanto! Yo tengo un dulce cariño a esas personas porque me llenan el alma de un agradable fastidio, y en el fondo es una cruel complacencia. Yo no sé si ellos comprenden, pero siempre, ingenuamente, me he mostrado halagada por sus inexpertos balbuceos tímidos y a veces... tontos. Sí, Luciano, es muy bonito y a mi me encanta, sobre todo, cuando quieren disculparse de alguna sandez dicha sin pensar en la conversación. Ah! y cómo me río cuando oigo esas disculpas.

—Pero Laura, es que no todos tienen un alma como usted quiere. Es el equilibrio. Son las sabias compensaciones humanas.

Por otra parte, ellos no tienen la culpa. La educación, la familia, el medio ambiente....

—Sí, Luciano... la educación, familia, medio ambiente .... ¿Cree usted en ello?

Son mil disparates. Yo opino porque no hay hombres libres de prejuicios, hombres sinceros. Sí, no hay hombres que llenen los anhelos de nuestras almas de **mujeres raras**; (porque ahora toda mujer que tiene ideales altos es una rara para el público.... ¿verdad?) El amor es una cosa baladí en estos tiempos, y los hombres son tan

necios que cuando aman cargan todo el peso en los hombros de la mujer. Y hay otros hombres todavía que tienen un grado más elevado de imbecilidad.

—Pero Laurita, no se inquiete, por estas frivolidades, por estas cosas insustanciales. Comprendo que su espíritu no es igual al de las otras y....

—Luciano, no me hable de mí, por Dios.

¡Se removerían las sombras de esta alma!

Luego, un momento quedamos silenciosos. La poesía del jardín penetraba en mi corazón en ondas inefables. Se me presentaba una nueva visión de la vida y desfilaban en mi cerebro teorías de belleza, de placer. Laura cortó el vuelo de mi meditación con su charla, nuevamente alegre y quisquillosa.

—Mire, Luciano, va a reirse; pero no se ría mucho porque lo prohibo.

¿Ve allá, en el extremo del parque, a esa chiquilla confusa y a ese señorito?

Pues, fíjese bien. El no sabe que hacer ni qué decirle y se contenta con mirarla y con tener las manos en los bolsillos de los pantalones, y ella, si es un gusto, pero no se ría Luciano porque le he prohibido... Mire, mire: ella, agitada, cree que lo más acertado es clavar los ojos en las copas de los árboles o en el cielo y rasgar el encajito de su pañuelo. ¡Y son dos enamorados!

Como reía locamente, nerviosa, quise contener esa risa que podía hacerla daño.

—Laura María, yo quiero decir a usted,...

—Ya sé lo que va a decirme. Bueno. Tengo miedo de oír ahora sus palabras... Pero es mejor hablar de mi asunto. ¿Qué novelas va a prestarme? ¿Hizo el cuento que dijo iba a titular **La mujer fatal**?

—Laurita, hoy en la noche, saliendo de la redacción, le dejaré en su casa los libros.

Un tomito de poesías de Alfred de Musset que a usted le encanta y una que otra novela.

En cuanto al cuento, está por terminar.

\* \* \*

Oh! Cómo me llenan el alma de un placer nunca experimentado estos recuerdos de las conversaciones con la muchachita amiga. Su ilustración, su dinero, su elegante silueta, todo se reúne para formar un cuadro de realeza y aristocratismo exquisito.

A pesar de todo, veo que yo no podría amar a esta mujer. En mi corazón hay la vaciedad dolorosa de la vida apresurada, de la vida gastada inútilmente. Es bella, encantadora, rica. Su conversación variada, grande en matices, impresionista, sugestionada. Comprendo el alcance de su donaire fascinador, pero... ¿quién puede cambiar la ruta que marca el corazón? ¿Quién puede mandar en un corazón cansado, pobre de tantos desencantos?

\* \* \*

En la visita de hoy, Laura María se mostró melancólica.

Cuando penetré al salón, arreglaba, nerviosa, un bouquet hermoso de flores.

Le pregunté cariñoso y frívolo, saludándola.

—Buenas tardes, Laurita. Y... ¿cómo vamos? La veo nerviosa. ¿Qué le preocupa? ¿ha sucedido algo?

—Nada, estoy bien... gracias.

Unos ingratos recuerdos y nada más. Ya ve, cosas que no valen la pena.

En el transcurso de la conversación procuro distraerla, pero no consigo nada. La hago tocar en el piano varios nocturnos de Chopín y otras partituras, más su decaimiento sigue igual, idéntico. Veo mi inutilidad para distraerla y esta situación sólo la domino charlando demasiado, con un aire de burgués cosa que a ambos nos fastidia. Luego, pido permiso para retirarme.

—¿Por qué tan pronto, Luciano?—me dice con sonrisa indiferente. Contéstole, frío.

—Dispéñeme, una ocupación urgente me llama.

—Ah! Bien.

Y sin más, salgo de la bella habitación pensando en la complejidad del alma de Laura María, de quien no creo sea una muchacha—como lo pensaba pretéritamente—sino una rara mujer moderna, competente y refinada en sus distracciones; hermética cuando gusta, y aún fría en ciertos momentos, a pesar del intenso fulgor de sus ojos de abismo, de sus ojos insondables de mar .... que pueden matar amando....





## EL DIVINO TORMENTO

Crejó que no llegaría, en su corcel luminoso, con las brisas de la primavera, Nuestro Señor el Amor. Había sufrido y gozado en los años de su peregrinaje artístico sin sentir en el corazón el divino florecimiento de un cariño que se arraigara hondamente, que no esperaba ya ese dón hermoso. Sólo los recuerdos de extrañas aventuras, de espirituales piruetos, de placeres dislocados e insaciables, formaban en el alma del artista un jardín primoroso, mezcla de dulzuras imprecisas, de vencimientos, de lágrimas . . . . A flor de alma, el artista tenía como una rosa de angustia, la eterna interrogación: “¿Cuándo vendrá el Amor?” . . . . Cuando el sol se escondía, dorando el paisaje desteñido, con la cabeza entre las manos, apoyado en el alféizar de la ventana, miraba el horizonte como si de él esperara enormes confidencias y ofrendas generosas que fueran para el alma desencantada, un óleo de paz y bendición. Sí, porque necesitaba de paz y bendición para su alma y para la frágil arcilla de su cuerpo . . . .

Y en todas las tardes, en la misma actitud, gozaba y lloraba con sus recuerdos. Ah! esos recuerdos . . . . Su exaltada y ficticia pasión de otro tiempo por aquellas mujeres, rubias y morenas, soñadoras y sentimentales, que te-

nían como culpa mayor el clavar dardos de imposibles en los corazones, pero que, con el artista, fueron buenas compañeras y, ¡oh dulces! se dejaron robar perfumados besos y, acaso, jirones de alma; sus anhelos de gloria, sus absurdos combates por aprisionarla; su ansia y fé inquebrantables, que abrigó íntimamente desde sus años infantiles, por depurar su visión mundana o por "sembrar venturas y hacer el bien" como decía el sutil filósofo ginebrino. Y luego, sus triunfos últimos con la exposición de sus mejores cuadros .... Ah! como encarnaban esos triunfos la filosofía del humo! Pero sobre estos recuerdos, sobre el perfume nostálgico de sus placeres ya idos, palpitaba la obsesión del amor. ¿Cuándo llegaría el amor? No amar, no sentir el amor, no llorar amando era el fracaso de la vida. Para él, el arte, con sus análisis y sus gestos forcejeantes ante lo inevitable, con sus encantos de vaga dulzura que ponen, de vez en vez, jirones de cielo entre las bruscas realidades, nada valía sin el Amor.

Simplificando el espíritu de los formulismos, siguió el camino irregular, meditando y soñando, en busca del vaso de arcilla que atesorara el amor. Y sondeó el alma de nuevas mujeres extrañas ....

Ah!, la vida comenzaba de nuevo y la búsqueda del tesoro era infatigable como un despertar de adolescencia. ¿Cuántas conoció? Fueron varias, pero todo en ellas decía del gesto preparado, de la sonrisa estudiada, de la mirada provocativa, magnífica, pero falsa .... Los recuerdos del alma, la nueva crepitación vigorosa del árbol, no podían encerrarse con falsas cadenas repulsivas .... La batalla incesante por saborear el enigma, debía traer la conclusión, benigna y acariciadora o fatal .... El renacer al esfuerzo, sin embargo, ya era un triunfo, aún cuando man-

chaba la albura del ensueño con el patelear frenético del placer. Pero todo esto ¿qué importaba si se iba a casa de ese bello enigma delicioso y torturador? Sobre la hoguera de los recuerdos y el paraíso del minuto concedido en una embriaguez entusiástica, giraba, instintiva y fundamental, la filosofía honda, indomable, impulsada por la trascendencia del amor . . . . No habría consuelo interior sin levantar el velo prometedor, sin haber sentido el vértigo del anhelo inefable, satisfecho; sin haber probado la excelencia convulsiva de agotar la inexpressable y humana fragilidad al ritmo del corazón acorde . . . .

Pero pasaron los otoños balbucientes, los rígidos inviernos. Vinieron las primaveras alocadas de generosos florecimientos y las fuentes, besando los prados, dieron florida dulzura a las cosas. . . .

Y los pájaros trinaron más sonoramente en los árboles, y las mariposas revoloteron más bellas y leves. ¡Y no llegaba el Amor!

Una tarde austera de invierno, cuando el alma del artista, tenía el alumbramiento de las visiones imposibles, de aquellas que nos ponen en los labios sólo dulces frases inesperadas y serenas, el amor golpeó las puertas solitarias de su torre. Ah! cómo venía el amor! Humilde, representado en una tímida, pero linda soñadora, substituyendo así, la envejecida banalidad de las horas monótonas. No lo había esperado ya, por eso no había preparativos. Pero el cariño entrañable, la unificación de las almas, hicieron de cada beso un himno, de cada futura esperanza el mejor poema, de cada ilusión el más preciado e inefable tesoro. . . .

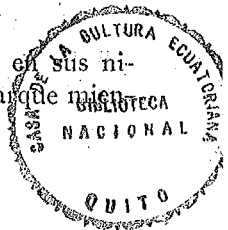
Y a ese amor divino, a ese amor inesperado, bien lo podía decir con el poeta, en identidad de sentimientos: **Mon áme est comme un feu qui devore et parfume.**



## PECADOS LEVES

Era irremediable. Había caído en su locura y fanatismo de amor, en lo que nunca pensó, en una mujer que engaña, que miente cariño, que sabe aplastar, frívola y egoísta, los brotes espontáneos y luminosos del espíritu, los gestos altivos del alma, acaso, deslumbrada por falsos brillos, elocuentes, eso sí, para la superficial contemplación femenina. Un anhelo imperativo le había agujado a la conquista de emociones siempre nuevas; su mismo temperamento refinado y aristocrático, decía que buscarse algo, algo grande que le llenara de claridad la vida y que le aromase el corazón. Y qué mejor que unos bellos ojos de abismo, que una alma de mujer que desterrara todas tristezas, que fuera un himno enorme hecho carne palpitante? Pero ahora ¿qué importaba todo? ¡Estaban rotos los encantos! Las tristes ilusiones náufragas eran ramas viejas, inservibles.... Y Raúl Gens pensó, dolorosamente, en aquella iniciación amorosa con Marta, aquella tarde en que, con la mirada vaga, como un sonámbulo, exaltado, le dijo en frases fervorosas su intensa pasión, su cariño hondo.....

Ah!, cómo recordaba aquella escena hasta en sus mínimos detalles! La hermosura del paseo en el parque de mi-



tras las hojas caían, mientras la fuente de claras armonías, rizada por el viento, besada por el sol, arrullada por la fragante voz sonora de los arbustos floridos, decía de la grandeza del mundo. ¡Cuán dulces eran entonces las palabras de Marta, suaves y prometedoras! Ahora todo era diferente. Marta no sabía amar; le engañó al decirle que su cariño estaba correspondido. ¿Por qué lo dijo, por qué lo afirmó? Sin ello, jamás hubiese luchado por una pasión insensata. Raúl pensaba, iluso, desquiciado, brusco en su manera de razonar, en la fría sequedad con que le trataba Marta y sobre todo en la displicencia que había adoptado cuando hablaba con él. Si, no podía decirle ni lo que los otros la decían, ni obsequiarla, ni siquiera mirarla largamente con el anhelo del amante sincero. Cuando esto sucedía, ella dejaba vislumbrar su fastidio y sus gestos eran tan duros!

\* \* \*

Reaccionado de su estado morbosos, de su dolor, Raúl Gens fue a visitarla, con la idea de que sería la última vez porque era ya imposible alentar un amor y sostener una mirada humilde ante el orgulloso mohín. Por la calleja enarenada que conducía a la señorial residencia, iba pensando en lo que le diría, en mil cosas grandiosas y absurdas. Pero nada conveniente se le ocurrió, nada que siendo suave fuese una recriminación amorosa, un reproche aristocrático. Después de todo, sería mejor no decirle nada, pensó; la visitaré por última vez como un amigo solamente y sondearé su ánimo si hay oportunidad, se dijo.

Marta le recibió sin mostrar interés alguno, y hablaron de negocios, del tiempo pésimo, del fracaso del comercio de maderas, siempre ella con el gesto inexpresivo, frío,

con la mirada indolente. Pero Raúl Gens no pudo contenerse; su ánimo decaído reaccionó y confusamente, entre sollozos, como un niño le habló de su engaño, de su enorme engaño imperdonable. Sí, sí, ¿por qué un día le afirmó que le quería? ¿Por qué, si no sentía, falseó la verdad? ¿Por qué le engañó? Y le hablaba de su triste vida desesperada, de su voluntad rota al dolor del amor. Marta dejó que pasara la crisis de sentimentalismo de Gens; esperó se terminara el discurso literario, enfermizo, y llorón, y luego, imperativa, hablóle, aconsejándole que fuera más fuerte, que no podía ofrecerle sino una sincera amistad, que se había equivocado cuando le dijo que sentía por él simpatía, que buscara un amor nuevo, que había muchas mujeres bellas. Ah! tantas cosas le dijo...

Pero no las oía; eran solamente notas de una música dolorosa, fatal, que le indicaban su fracaso, muy humano. Al retirarse de la morada de la Bien Amada, de la mujer que no sería nunca de él, por extraña asociación de ideas, pensó en Rosina, a quien abandonó, despreciando su amor con un olvido demasiado estudiado. Ah! cómo dolían las palabras de la última carta de Rosina, esas palabras punzadoras que descubrían la llaga.... "Yo con mi dolor canté tu vida, dulcifiqué tus horas, aplasté tu anémico tedio.... Te dí mi amor grande; pero tú, en cambio de mi amor, me has dado un olvido que mata. No todos los caminos dan felicidad, Gens.... Te veré con otra, pero ¿quién me asegura que entonces ya no sea una indiferente y que tu no llores por la que perdiste?"

Una mujer supo amarme, otra me ha desechado, pero ¿quién puede mandar al corazón? Sería delicioso abrir el alma a todas las luces, a todas las ternuras, pero nunca dejando lo más bello del espíritu; ser solo como una bella



llama juguetona, traviesa, complacida en quemar las frágiles alas de las mariposas, en iluminar, entre la niebla, un sendero que da miedo el seguirlo. Mientras Raúl Gens pensaba dolorosamente en todo esto, en su fracaso; mientras iluso, aún conservaba en su interior la imagen de Marta, Flora Reyes, la chiquilla grácil!—el bibelot de moda— como la llamaban, pasó por su lado, insinuándose. Gens pensó: es bella ¿por qué nó? Y la siguió a la casa, queriendo olvidar en esta nueva visión su dolor y su fracaso. ¡Era un remedio demasiado vulgar!

## LA COSECHA DE ESQUELETOS

Leían el Quijote y los romanticismos de Chateaubriand. “María” les entusiasmaba locamente y de vez en vez, les arrancaba lágrimas saludables. Colegiales mínimos y bonachones (creían en la sinceridad, en la buena fe y en el amor sentimental!), no sabían de la bruma amarga del porvenir, ni absorbían de la subconsciencia de los recuerdos, para fijar la imagen de los tiempos idos. Timoratos y medrosos, ceñíanse en su estudio de letras, a los viejos moldes de los más viejos maestros y esa poesía anciana filtrábase en sus almas como una caída de luz triste de un sol de otoño. Los más adelantados, dos o tres chiquillos, habían descubierto, en los fríos estantes empolvados de las bibliotecas paternas, un papelón impreso en el que brillaban divinos y magníficos, “Los Motivos del Lobo” de Rubén. En las horas vacías hacían gala de su sabiduría poética, recitando en coro con torcida voz chillona:

“El varón que tiene corazón de lis,  
alma de querube, lengua celestial,  
el mínimo y dulce Francisco de Asís,  
está con un rudo y torvo animal”.

¡Torvo animal, torvos animales! gritaban los retrasados, los austeros adocenados que conocían literaturas y to-

do a través de la bizquería de los buenos tíos oficiosos, y seguía la algazara estruendosa.

Los aflautados niños de dieciocho primaveras arengaban a los "poetas trasnochados"; jóvenes sonrosados, suaves efebos dulces, sacaban a relucir abolengos por los que se llegaba a saber que descendían de Felipe II, de un santísimo Obispo Adriano, con tres o cuatro apellidos sonoros y hoscos, y de marqueses heroicos, bizarrás espadas, que en las cruzadas pelearon con turbas musulmanas.

En las clases de filosofía, nadie podía objetar las severas enseñanzas del viejo Balmes porque *verum est id quod est*. Y la verdad tersa era la del implacable Balmes. Y la lógica fluía así, impenetrable y terrible, sonora como orden inquisitorial y quien quería formar bien el espíritu debía empaparse en esos conocimientos, como si fuera rocío de aurora, triunfal rocío de amanecida.

Una mañana fría, nubosa, Don Hermenegildo Alcázar del Carmén y Ruíz, Profesor de Lógica y Ética y Ciencias Físicas y Naturales, hizo sonar el bajo profundo de su voz imperativa, ordenando que un grupo de ocho jóvenes fueran al vecino cementerio por la quebrada a recoger los esqueletos que habían quedado descubiertos al derrumbarse un peñón. Se necesitaban esqueletos para el estudio, pues el único que existía, de tosca construcción y de pésima manera, estaba apolillado y se caían de por sí vértebras y costillas.

Por la curvada quebrada, iba jubilante la hueste devastadora, y en los meandros continuos, hacían chistes obscenos, los sabios jóvenes sonrosados. En la paz muerta del camposanto, cayó el bochorno de las palabras, como esputos de sangre ante un cuadro de cadáveres .... Estaban los colegiales libres e iban a realizar hazañas.

Este sacudía el inmundo barro que mordía a un femur, aquél limpiaba vértebras amarillentas; unos acaparaban peronés descoloridos, desposeídos de la brillante "lujuria del color" otros, refinados y sabios, recogían cinco o seis calaveras elegantes, calaveras reidoras que parecían mofarse del sol. El sol era tan vulgar para ellas que conocían los secretos exultantes de la Madre Tierra.

Luego vino la conmoción tremante. Un infeliz cuerpo de mujer estaba al descubierto. La ceniza de las carnes desgajadas se esparcía irregular en el campo. Su cuerpo infecto se ofrecía. Y el gesto de ellos profanaba el dolor hirsuto de esa ceniza que quería nutrir rosales y árboles....

Se lo tomó para llevarlo enfardado. Y fué la escena. Bajo la resurrección del sol, se empezó a desligar de los huesos la carne pútrida, clamorosa. Crugían los hierros que mordían impiadosos. El viejo maestro, con un torrente de fuerzas salvajes, acuchillaba los senos, los músculos, las partes genitales e iba enseñando nociones fundamentales de fisiología. Por fin, se le puso en el caldero hirviente. Allí se resumió la carne en un jugo blanco, lechoso, un jugo aciago.... Los colegiales, mínimos y bonachones, seguían medrosos, activando la fúnebre operación. Transcurridas dos horas cansadas, se sacaron los humildes huesos relucientes para ponerlos al aire libre, en el jardín, a que se orearan. El viejo maestro estaba emocionado. Impensadamente, retorcido como un puñado de angustias, exclamó: "¡Oh Palida mors! ¡Pallida mors"! Y huyó mascullando vagas palabras confusas.



## UNA AMIGA MODERNA

Lina, mi compañera de Cine, no es una muchacha vulgar, nunca podría serlo; al contrario, es una chiquilla sumamente moderna en sus gustos, en sus sueños, en sus lecturas y creo que también lo será en otras cosas sabias, veladas aun para mí. Me entusiasman su locura y sus traviesos dislocamientos bruscos, a veces, y que bien pueden terminar en un desate enfermizo de lloros o en un inefable anhelo de besos. Apenas han pasado dos meses y unos pocos días más desde nuestra presentación (de lo que estoy sumamente complacido, se entiende) y ya nos tratamos como dos viejos amigos, y en nuestras charlas hay una afinidad rarísima de fervor, entusiasmo y esperanzas .... En las visitas cotidianas, en los minutos de expansión, en el Cine o en el parque, charlamos sobre todo y sobre nada, y ella aborda, con pasmosa naturalidad de muchachillo ingenuo, puntos escabrosos. El único defectillo que no me agrada en ella, es el empeño de querer salir siempre triunfante en sus opiniones y caprichos; mas, ella no tardará, y me aseguro con la fe de un convencido, en comprender que soy también "el gallo que volvió de las trincheras".

Lina es bonita, sí, como muchas lo son. Su rostro pálido, con esa palidez que denota fuerza y ansiedad, atrae,

sugestiona y revela mil encantos en promesa, mil dulces paraísos elocuentes.... Hablan sabiamente todo su cuerpo y su alma, en el gesto voluptuoso que florece perenne en sus labios, demostrando una comprensión admirable de las cosas.

Diez y siete primaveras locas, diez y siete enormes quimeras se agitan en ella y quieren descubrirse y quieren cantar el himno potente de la vida. No será tarde cuando recoja el temblor de una ilusión destrozada, en la suavidad de sus manos dulces.

A esta muchacha, siglo XX, nadie podrá envolverle en redes engañosas. Ella es voluntad y cariño, y con cualquiera de esas flores, puede triunfar ante el instinto. ¿Ha aprendido esa sabiduría mundana en los libros? Puede que sí, puede que no. Lo que no se le puede quitar es su título de lectora. Es incansable en sus lecturas que casi, diría, siente suprema delectación por los libros. Conoce a D'Annunzio y ha glosado sutilmente, para su álbum de bella señorita, varios trozos selectos, entre los cuales puede citarse el bello poema "La muerte del amor"; Darío es su predilecto, del grupo de poetas americanos, sin querer decir con esto que no siente gran cariño por el inefable místico Neruo, por el cantor criollo Chocano, Lugones, Valencia y otros.... Le encantan las novelas españolas de los modernos escritores, mejor dicho, de los jóvenes escritores, aunque siente repulsión por algunos de ellos, como Dicenta.

## DOBLE ARISTA DEL AMOR

Supremo voluptuoso, Higinio jamás quiso extender la fragilidad sabia de sus manos en busca del perdón ni embriagarse con el vino que borra las manchas indestructibles. La riqueza de sus tesoros fue una escala propicia, escala de oro para la máxima ascensión, para la subida triunfal al Tabor del placer, a la cumbre en que pueden desatarse, ampliamente, las más bellas locuras y hacer sentir su temblor de agua iluminada, la inquietud más viva.

Y por esa amorosa vivacidad, palpable y latente en el fuego de su profunda fiebre, nunca llevó en alto la bandera de una misión de paz y consolación para los huérfanos de felicidad.

Higinio quería llegar a las colinas del crepúsculo agotando el vino de los mejores viñedos. En su alma se abrían las vías de los siglos y florecía la arcaica riqueza suma de la raza sabia en el amor.

Su deseo era una constante lluvia de claridades peligrosas; una lluvia lánguida, triste, unas veces, sonora, agitada, convulsa, otras. En ocasiones, la plenitud de su vida, las fosforescencias de sus inquietudes y hasta sus nimios dolores parecían converger hasta formar una flo-



resta ilusoria y excelsa. Su vida podía compararse con la incierta existencia de un barco ebrio que no peinara bien la nieve de sus velas; un barco que, en un divino mar veteado de ocre y verde e inundado de intrépidas carabelas, fuese impasible, indiferente a la dirección del piloto, a la voracidad lujuriosa de las olas, a la luminosa blasfemia de los rayos, al alboroto de las trombas, de las corrientes altaneras, de los trinos de las aves, de las fastuosas coloraciones de la aurora, de los adornos de los crepúsculos cansados.

Nada vale tanto como la tenacidad en el espiritual desbordamiento de uno mismo; pero ese desbordamiento debe inundar de alegría los sueños. Así comprendía Higinio, la norma de su vida. Por eso, su placer en aquellas noches de oro otoñal, de sonrisas y bellas fatalidades no conocía límites.

Sin embargo, cuando venía la reacción dolorosa, veía la esqueletada ala de la tragedia batir el aire pesado y ahogador y percibía la borrosa imagen de un angel negro hirsuto y desmedido, que señalaba con el índice el abismo, el precipicio insondable, la profunda niebla.

Pero aquella misma visión para Higinio era un acicate que le impelía a buscar nuevos motivos. Y mordía para ello, las pulposas corolas de sus recuerdos exultantes como un príncipe soberbio que no quisiera mirar las curvas elegantes del ayer, danzando como olas en la bruma de las innumerables conquistas, por fermentar el licor más bello que exaltaría el alba de cada nuevo anhelo, el oro purísimo de cada nueva ilusión, el azul deslumbrado de otros cielos vastos, el éxtasis florido de las luces más irradiantes, las sonrisas sinuosas, portadoras de deseos, los dulces besos, saltimbanquis y ladrones de tesoros que a



menudo descenden como feroces anillos para anular las fugas.....

Su sed ambiciosa no conocía límites porque comprendía que el aherrojamiento era un fracaso, una debilidad que nunca podría perdonarse. Al través del bosque espeso de sus vértigos, llamadores, ansiosos; quería cincelar en la carne de un mármol imaginario y fastuoso, la parábola de su vida exaltada de la cual emanaría la electricidad voluptuosa, sutilmente.

Todo su espíritu vibraba como en una apoteosis rumoreante y tenue, fino, igual al angustiado eco de un violín, se elevaba ebrio de placer, hacia la primavera de las revelaciones, encendido con las invisibles chispas de su propio fuego.

Higinio había comprendido el trazo curvo de su sino, la órbita de su carrera fuera de cuya armonía no podía encontrar la cisterna portentosa que saciara su sed. Y no podía recoger maravillas en cualquier otro campo, ni envolver sus sueños con haces de luz frente a otro sol. Reconocía la verdad de las palabras que agitaba su embriaguez insatisfecha: "En nuestra sustancia están escritas como en mármol eterno, las leyes de nuestra vida; y aún cuando nos agotamos estremeciendo nuestros nervios y disolviendo nuestra esencia, permanecemos íntegros, en una unidad distinta, pero en una totalidad completa".

Evocando, a veces, el pasado a través del espejo fugitivo de la memoria, aquilataba la riqueza de su amor triunfante, el aroma de la belleza sublimizada, eternizada, vencedora del tiempo, invicta e inmarcesible, y aspiraba, también a través de esa plenitud profunda, forjar el mejor gesto, absoluto en las decisiones, tenaz en el bosque de

las dudas, firme en todos los caminos prometedores y en todos los meandros milagrosos. Las auroras de cada nuevo día con sus promesas deslumbradoras, con sus aromas plácidos, le abrían las puertas del alma; y aprisionando la belleza embrujadora de la sutil adivinación de su vida, comprendía la proporción indagadora que no era otra cosa que la suprema aspiración a un amor infinito.





# LA MIRADA ESCRUTADORA



## DIVAGACION SOBRE ARTE

El arte sincero, modelado al calor dulce y vivificante de las emociones sugeridas por la contemplación de la belleza, satisface siempre al espíritu del artista, porque en ese desdoblamiento superior de su yo, ve la mejor energía empleada al servicio de un ideal humano, de una azul devoción para los de sensibilidad refinada y de fervor optimista. No es el frívolo pasatiempo para matar las horas cansadas cuando el hastío, el tedio, golpean las puertas del corazón prematuramente sabio porque vió, en una noche distante, una luz atormentadora por grande y porque, paradójicamente, es fugaz el deslumbramiento de sus misterios embriagantes que se descubren.

Arte, ¡oh Arte!, se clama perennemente pretendiendo burilar una áurea pixide de luces extrañas que refleje, como en un divino mar brujo, inauditos paisajes abismales de belleza y de emoción. Y es porque el espíritu insatisfecho y anhelante aspira aprisionar en sus sutiles redes el brillo de las constelaciones para forjar con ello— oh, anhelo imposible!— la diadema que coronará, mejor que el efímero laurel, la cabeza cansada por la meditación dislocadora y el ensueño.

Pero para ser un virtuoso del arte, sea éste el de la línea impecable, el del verso armonioso o el de la nota divina, flexible, curvada en prolongaciones sugerentes, es pre-



ciso una ideología florecida de amor que tienda a abarcar la vida en sus más complejas disposiciones, en los aspectos más variados en que se mezclen el optimismo ferviente con el desencanto hondo, el triunfo con el fracaso amargo y callado; es preciso una perspectiva general plena de un principio filosófico arrancado de la vida misma, que determine el panorama de hermosura universal.

Precisa, además, poseer una amplitud comprensiva capaz de abarcar todos los mirajes posibles, sin detenerse en la periferia dorada de las cosas, en el detalle circunstancial. Forma y fondo, dulzor de revestimientos elocuentes y fragancia profunda de eclosión espiritual; encantos exóticos, movibles y cambiantes como risas de oro, imprevistas dulzuras ensoñadas, y palpitación vibrante de la energía primordial que liga al mundo, ¡hé ahí la obra de arte!

En el campo literario debe tenerse en cuenta el justo pensamiento que expresó un sutil y fino escritor: "El arte de la composición se halla entre estos dos términos: quiere la unidad viva del objeto y la gestación sostenida del pensamiento". Bella idea que pocos la toman en cuenta. Una gran mayoría se aleja por campos extraños fascinados por una falsa perspectiva, por la frívola brillantez de los ropajes de color. Son los que aman la forma, los efectistas cuya labor no pasa del torturado retorcimiento, del dulzor alambicado de la frase. La forma es sólo la elegante vestidura que enjoya el gesto elocuente del alma, el luminoso punto de contacto entre el exterior y el espíritu; pero no el todo del arte. Ahí donde palpita la idea con exceso de amor, donde se ve el infatigable anhelo batallando por aprisionar una emoción quintaesenciada, una visión honda, ahí tenemos arte, arte que embriaga y que suena a cánticos de primavera.

## GABRIELA MISTRAL

Para esta honda y desconcertante poetisa, nueva y exquisita Santa Teresa; para esta hermana dolor, admirable y genial, que canta con un dejo de angustia la muerte de la tarde cuando "el hervor del espíritu se siente decrecer y como un estanque pleno, cada pasión se aquieta"; para esta dulce exaltadora de la bondad de los niños que son un don de Dios, brota el elogio espontáneo desde nuestro corazón. Pocas mujeres como ella han sabido expresar una emoción sutil orlándola de luz; su lirismo personal y fecundo, refleja el caudal inagotable de matices de su colmenar de oro, donde siete lunas de diamante alumbran a nuestra Señora Belleza.

Echilbaum, inteligente cronista argentino, dijo de la Mistral que es la poetisa del fervor humano. "Y lo es porque nunca como en ella dióse el caso de tan estrecha comunión entre una vasta condolencia humana y una inquebrantable fe en lo supremo". Pocas mujeres hay en la América del temperamento vibrante de la Mistral. Juana de Ibarborou, Delmira Agustini, la Storni, María Enriqueta de Pereira, la Monvel, han libertado de la sombra su diamante y su luz, pero todas ellas creando pequeños mundos de belleza en cada poema, se diferencian no-

tablemente en el temblor lleno de claridades del canto. En los poemas de la artista chilena parecemos percibir esa fragancia profunda que vierte el éxtasis y al través de dolores diferentes nos imaginamos un centellar de luceros como de vidas desesperanzadas. Guzmán Cruchaga dice de ella: "En el alma de la artista el dolor se destrenza y bulle y canta en gritos levantados; llora desde su cumbre; su llanto es un vuelo a través de una tormenta celeste; la imagen de Dios le acompaña." En ella se han anudado la sutil sensibilidad femenina y el vigor atrevido del dolor que rompe los estrechos mares de la timidez, que aherroja las mejores concepciones, para abrir nuevos jardines de hermosura y ensueño....

No puede decirse otra cosa cuando se ha gozado con ese vasto abismo de anhelos inefables del "Nocturno", con el exultante "Poema del Hijo" lamento de su vida, como lo dijera ella, con "La Maestra Rural", "Los sonetos de la muerte" y aquel "Ruego" que es como un collar de lágrimas estremecidas que se alzarán a las alturas en forma de plegaria. ¡Ah!, cómo le pide al Señor por lo mucho que ha llorado, por lo mucho que ha amado, por su pena y su cruz el perdón para el compañero que se fue una tarde "trizándose las sienes".—Hay en algunas de sus producciones la torturante ambición de infinito que se desata a manera de un torbellino y que no es otra cosa que el grito humano, el grito de la angustia cuando se mira cerrado el horizonte y sólo se recoge en la cuenca de la mano las impotentes lágrimas; cuando se besa las espinas para recoger una rosa.

El amor, el divino amor, tan repetido y falseado por temperamentos superficiales, lo ha cantado la Mistral como pocos poetas. A ello han contribuido la vigorosa fuerza de

su visión femenina y la llama indestructible de su sed que ningún vino pudo saciar. Su comprensión la hizo recoger en las estancias hondas del corazón el rocío de una tristeza que, tamizándose en su alma, ábrese desnuda de impurezas. Ya es el poema de las madres donde bulle la alegría del beso profundo, la dulzura por el niño dormido en el vientre, la incertidumbre de que quede enjuta la yema de su seno y luego la quietud y la esperanza preparando "un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas y rostro y mirada, y depurado corazón" o el canto a los niños para quienes se pide bendiciones porque ellos son en la ruda aspereza de la vida como una estrella o una flor, porque ellos son espejos donde nos reflejamos para la eternidad. Su amor es múltiple y en su desmesurada órbita glorifica rodeando de ternezas las vidas pequeñas, desde el humilde grillo que como un benedictino dice su oración de la tarde y el gusanillo fastuoso que se arrastra en la arcilla de los senderos, hasta la piedra amiga que alguna vez sirvió de cabezal para nuestra angustia mientras la naturaleza se recogía en sí misma y nuestros ojos rayados de fatiga se adormilaban.

Ya ha principiado para la Mistral su "jornada de gloria"; los clarines triunfales han distendido las voces de oro de su loanza en el Continente y aquello que fue crítica acerba en otro tiempo, en la época de los primeros fervores, va borrándose porque nunca perdura el odio del crítico, de aquel crítico que magistralmente pinta Turgueñef en sus poemas en prosa, de aquel que con negar toda belleza embauca al público espeso, el que, en su ignorancia, le da un valor que no lo tiene. La Mistral recibe ya muchos lauros en esa su frente pálida "surcada como por dolorosas reflexiones"; pero su obra de amor y belleza lo hacen acreedora a grandes honores. La mujer que sabe

decir como al oído del artista que ame constantemente la belleza que es una bendición de Dios; que no hay un arte ateo porque para crear es menester el espíritu de fuego de Aquel que ha hecho la belleza; que no será pretexto para la vanidad, para el orgullo y los vicios, para la pereza, para explotar al hombre sin luz, al paria desvalido, que antes bien será consuelo, piedad, flor de misericordia para el desventurado; que la obra debe encerrar la sangre de la emoción, vibrar con el pensamiento generoso, la mujer que dice esto es una altísima poetisa y artista.

Dualidad encantadora la de esta poetisa: maestra, modeladora de almas infantiles y artista, creadora, interpretadora de la belleza. La Mistral empezó a laborar por esas vidas mínimas de los niños en una escuela de campo, a la edad de quince años, sola, sin familia que le ayude. La soledad le preparó la vida; el hervor juvenil, la savia bullente de sus pocos años huérfanos de dulzuras y halagos, la hizo producir. Comenzó a publicar más o menos desde 1914 despertando el interés de los intelectuales y también de críticos quienes no esperaban encontrar en Lucila Godoy, este es el verdadero nombre de la poetisa, un poeta de audacias líricas. En los Andes escribió la mayor parte de su obra. "Desolación" publicada por el "Instituto de las Españas" es solo una selección de todo lo publicado. Su labor de maestra le captó tanta simpatía que, cuando quiso renunciar el cargo de profesora, casi todos los ciudadanos de Tamuco protestaron, dirigiéndose al Ministro para pedirle le conserve en el cargo, pues, para regentar una escuela se necesitaba su alma.

El ilustre pensador José Vasconcelos conociendo el valor de la Mistral en el campo educativo y en las letras, llamónla en 1922 por cuenta del Estado, para que diera unas

cuantas conferencias en Méjico. A su paso por estos países, toda la prensa elogió a esta mujer modelo de esfuerzo y de cultura de la mujer latina. En la bella Ciudad de los Palacios, la Mistral realizó su plan de conferencias y su obra fue tan comprendida que no se le escatimó el aplauso; antes bien, fundáronse bibliotecas y escuelas con su nombre. Viejo anhelo suyo fue el conocer de cerca los países centro americanos, países hermanos donde se piensa y se sueña con el bello quiijotismo latino; y como fue su deseo el conocer la tumba de Darío, allá fue, en homenaje a la figura más gloriosa en el mundo hispano-americano de las letras, al mágico maestro de bellezas, al poeta del aristocrático dolor elegante.

En Méjico, en esa tierra privilegiada de pensadores como un Caso, un Vasconcelos, y de grandes líricos y músicos, allí donde el intelectual apoya a su compañero cuando llega al poder y no se convierte, como en ciertas tierras de América, en enemigo; allí donde la inteligencia se abre paso y donde todas las cracias han caído para dominar sólo la aristocracia del talento, allí la Mistral encontró el campo más propicio para desarrollar sus actividades y borrada la realidad geográfica, ella marchó entre maestros y niños, dice, con una confianza dichosa que hacía saltar su sangre. Terminada su labor en esa tierra de sol, "india de tristeza multicolora, mestiza de rebozo y criolla-flapper", como dijera Gilberto Loyo, pasó a los Estados Unidos en donde se le hizo un homenaje admirable en el Palacio de la Unión Panamericana. Allí el doctor Rowe, entre otras frases, le decía que el esfuerzo magnífico que había hecho en su Chile por el bienestar del niño y por el mejoramiento social, en una obra de labra, era muy notable y rivalizaba con su obra de artífice del verso. La señora Colman, Presidenta



de la Liga Nacional de Escritoras de Estados Unidos, entre otras cosas, decía: "En el retiro de su lejana casa en Chile, Gabriela Mistral aspiraba tan sólo a servir a la humanidad, pero el destino le ha designado como un apóstol de la verdad cuya misión es predicar y enseñar. Con un talento derivado de una clarividencia que penetra más allá de las superficialidades y las cosas no esenciales de la vida; con la compasión que poseen únicamente aquellos que han saboreado la copa agrídulce de la experiencia, y con una espiritualidad serena que es el resultado de sobrellevar la corona de espinas del sufrimiento, ella se ha inspirado en las fuentes de la vida misma".

El representante de la Liga de Maestros que comprende 700.000 profesores, dióle también la bienvenida manifestándole que su obra de educadora y de apóstol era bien aquilatada y comprendida; ella contestó a los amplios discursos con una soberbia disertación sobre la manera como debía comprenderse el pan-americanismo, valorando lo latino frente a lo anglo-sajón como un eriguimiento de diferentes virtudes; loando la enseñanza que se da con fe, con todo el corazón a los niños que forman el mejor núcleo social según se los eduque y haciendo el panegírico de las creaciones sajonas en las que se reconoce "una exaltación de la voluntad". Complemento de su labor artística y de propaganda intelectual americana es su viaje a Europa en donde es recibida en cenáculos y Ateneos. Sus entrevistas con los grandes escritores de Europa como Román Rolland, Papini, Guido da Verona, Baroja y otros, publicadas en los principales rotativos de la América, han causado sensación por esa eclosión fuerte de espiritualidad y esa perspectiva muy americana que sabe dar a sus producciones. Pero su actividad la ha desarrollado, además, dando a conocer los valores literarios de la América. La

Mistral ha llevado en las delicadas cuencas de sus manos de artista un racimo de estrellas perfumadas...

Y retornará de Europa con una sonrisa sabia y honda, nuevamente, acaso, a jugar con los niños y a enseñarles la filosofía de otros horizontes....





## POETAS CENTROAMERICANOS

R. Brenes Mesén

Es el temperamento más artista de los costarricenses, dijo de Brenes Mesén, un prestigioso poeta coterráneo, en un exquisito y armonioso libro. En efecto, quien conoce la obra de este alto poeta y ha seguido con interés y afán, observando en los diversos momentos, la belleza de su órbita lírica, no puede menos que admirar la pagana magnificencia de las gemas de inquietud y el opulento esplendor del jardín iluminado.

Y no es sólo la riqueza emocional trasvasada a las palabras sencillas, sino complementariamente, la elasticidad elocuente, la sinfonía de esas palabras que en todo caso son la noble carne del espíritu, lo que de hermosura se exalta en los poemas de Mesén. Porque ellos—hablándonos humanamente, como una lágrima dice al sensitivo del dolor hondo, como una piedra solitaria expresa al poeta el milagro de las transformaciones sucesivas de los universos—, unen al rito del alma profunda, la suavidad murmuradora de la música sugerente, de esa música que es como un vino de gracia en las tardes caídas o en los crepúsculos pálidos.

Mesén ha penetrado abiertamente en el mundo estre-mecido de la estética para curvar las transfiguradas voces emotivas. Y su soledad—la innumerable soledad de todos los poetas, de todos los artistas—acaso se fortificó más aún ante la religiosa grandeza del Arte.

Y, como lo dije un día, sólo la soledad sublimiza. Y quien fortifica a esa diosa del silencio es el arte puro, refinado, que no gusta a la espesa turbamulta, al pueblo; que no es democrático y que rechaza la exhibición inconsiderada porque no le importa el aplauso estruendoso y brutal, de almas divergentes que apenas han puesto su visión en el alféizar de cualquier iniciativa o en el camino fácil del anodino que todo aprueba conmovido con el perfecto gesto suntuoso, conquistado para florecerlo en toda ocasión....

La primigenia obra del poeta "En el Silencio", abrió un sendero de orientaciones nuevas a la juventud costarricense, pero muchos no quisieron reconocer el oro purísimo de los poemas y el mérito del acto combativo de prejuicios estéticos del poeta. Y vino—cosa inevitable—, la lucha de las almas.

El motivo ha sido siempre el mismo y en todas las edades, en todos los pueblos, se ha reproducido ese grito incomprensivo, esa voz de atajo y de regreso. De ahí las nobles exaltaciones de los artistas y las grandes obras que el incentivo apresuró y que se contraponen a la labor destructora. De ahí, también, las pomposas floraciones audaces para *épater le bourgeois*,—que tienen su valor dentro del fin propuesto, en el alma del artista y en la marcha ascendente del arte—, y el principio de insinceridad que vela en ocasiones, horizontes luminosos, y, sobre todo, la creación de escuelas literarias—, el cubismo de Pierre Ré-

verddy, el dadaísmo de Kunt Schiwtters autor de "Anna Blame", el hiperfonismo de Karl Schattowen, el preciosismo, eufenismo, el ultraísmo y otros *ismos* que han sonado con música de cascabeles últimamente . . . .

Luchar por aplastar el divino precepto "rinovarse o moriré", armarse contra la belleza—y que no puede ser sino por ceguedad—, es labor pueril, y más que pueril, ridícula. De suyo muere esa estragada labor. ¿Qué fuerza pueden tener la tempestad de cóleras, la lluvia de gritos de cotorra ante el poder inmutable del arte? Ninguna. Al contrario, la obra de arte, la hermosa obra es una lámpara que envuelve en luz. Es una semilla de sabiduría que fructifica de por sí. "La obra de arte sugiere fecundidad y amplitud de concepción; sublima el timbre de oro de nuestra inteligencia; afina y eleva el tono del cordaje armonioso de las arpas de nuestro sentimiento". Nada puede destrozar la corona de fina pedrería que el arte cincela con fervor en la torre invulnerable del siglo que conoce todas las oblicuas perspectivas. . . .

"En el Silencio" fue la primera piedra básica sobre la cual debían agruparse armoniosamente las demás: "Hacia nuevos umbrales", Voces del Angelus", "Pastorales y Jacintos".

En todas estas obras que repiquetean de fervor, hay un fondo filosófico que hace pensar y meditar en los problemas trascendentales de la vida que nunca se despejan. El deseo y el temor, la gloria por lo más grande y el pequeño fracaso en el acto trivial; todos estos rayos de la sabiduría de nuestro desconcierto, sugieren la concepción de nuestra fragilidad, de nuestra pobre naturaleza anhelante. ¿A donde vamos? ¿Qué somos?, ¿Cuál es nuestro fin primordial? Las palabras sólo pueden responder de

acuerdo con la localización de la vida y el fisiológico estado animal. Y el anhelo, el fervor, luchan en consideración de la "pequeñez superior". Y se produce la tristeza, el dolor. Las cosas que marchan según el máximo principio, retornan sumisas. Reabsórbense los recuerdos en el gran recuerdo conjunto y se desborda la melancolía... El espíritu—que se siente en su individualidad, en su localización—, el espíritu sensible, llora ante sus ruinas.

Los cantos más hermosos, que no se encuentran en el plano espiritual de las masas o que no pueden descender a las cavernas de "todos", o pasan desapercibidos o son atacados duramente. Es necesario una nueva generación o un nuevo grupo de superior ideología para la "consagración", que no es otra cosa que la comprensión.

"Pastorales y Jacintos" por audaz y por ese **sprit nouveau** que palpita en cada línea de los poemas fue atacado duramente y llegó a tal grado la lucha que hubo de solucionarse cierto estado de cosas con el epílogo de un duelo .... Y el libro, en verdad, es un sonoro haz de tirsos, un manojo de flores bellas.

Estas luchas ideológicas han dado, sin embargo, al observador, un gran caudal de pequeños detalles que exalta el temperamento de artista de Mesén, quien se nos revela, aún más, en sus "Categorías literarias" escritas a los cincuenta años con una visión de veinte primaveras.

En el poeta, ni los ajetresos difusos de la política, ni la casaca adornada del diplomático, ni el blanco cansancio de los años han hecho su cosecha. Siempre vibra en él la cuerda lírica y su inquietud se columpia, cual estrella de amanecida, en el perenne fervor de belleza, en el eterno afán de infinito.

¡**Crisolaria**, por ejemplo, poema que revela hasta donde llega prolongada la voz de oro de la emoción para levantar viejos recuerdos y crear nuevas tristezas; **Crisolaria**, plegaria de la “pecadora”, de la “dulce dislocada” a quien llaman los adocenados la “preciosa” o “la cualquiera” . . . . “la mala”, expone la elevada riqueza conceptiva y musical de su estro.

¡**Crisolaria!** Es la mujer caída, la Margot, Rosina, Dolores o Isabel de la farsa amorosa, a quien daña el bullicio de la juerga y la embriaguez blanca del champagne, que pasa la vida “con soledad del corazón, muriendo de la insaciable sed de hallar un hombre tras las ansias de la bestia” . . . . Esperando la realización de su deseo transcurre mucho tiempo. Pero un día, aparece El, por senderos ignorados . . . . y, como todos, también la deja, sin comprender aquel temblor celeste del alma y el ansia madura de la carne entristecida . . . .

Ella va entonces, más abajo, por el humilde camino de la vida con un nuevo pesimismo en el alma . . . . Su confesión fluye natural,—ante el fracaso irremediable de los sueños pretéritos . . . . “Me condujeron a cafés cantantes.—En el salón rodaban los aplausos—las hojas de la selva y sus rumores.—Pero ninguno de los hombres vino para decirme que en mi voz amaba—el diáfano cristal del alma mía.—Los besos en mi piel, las palpaciones—con la viscosidad de las medusas y el repugnante olor de la marisma;—sólo para eso me buscaban siempre!”

Más tarde, cuando ha incado el vicio sus raíces absorbentes y el alma desfallecida, exangüe, no es más que un luminoso harapo, ella piensa en su juventud muerta y ve que el “divino tesoro” se ha derramado “como sangre de hechiceros, para regar mandrágoras malditas”. La me-

lancolía se abre como flor empurpurada y el recuerdo viene empalideciendo el alma. La pena será su amiga, su compañera, su hermana, desde aquél momento.

Pero ella comprende que es menester recibir la cotidiana dádiva dolorosa con gesto dulce para seguir agradando a ellos, a ellos que creen que "el amor son los deseos" y el divino temblor de las carnes. Nadie conocerá, pues, su pesadumbre porque "un sacrificio que contrae el rostro destruye la mitad de su belleza". Será la misma armoniosa luz de festín .... Y pedirá a Dios—al Dios Niño, devoción de ellas—que borre del espíritu el dolor taciturno, ese dolor que afea el rostro .....

---

## RECOGIMIENTO

Costa Rica, con ser un país que empieza a desarrollarse y que, por lo mismo, está en los afanes de conquistar un porvenir firme y de amplios horizontes, posee en su seno altos valores literarios como Ricardo Jiménez, Facio, Alvarado Quirós, Guardia, Flores, Brenes Mesén, Rucavado, García Monje, Sotela y otros muchos que sería largo citar, que le hacen honor a esa nación. El último de los citados, Rogelio Sotela, el aplaudido autor de la "Senda de Damasco" libro de poemas que mereció exquisitos comentarios de prestigiosos escritores de la América y cariñosas expresiones de poetisas de valía como la de la Ibarbourou, acaba de publicar "Recogimiento" un tomito de prosas filosóficas en el que el alma, en su balcón maravilloso, va analizando cada uno de sus vuelos luminosos.

De "Recogimiento" podemos decir que es un libro de serenas enseñanzas para la juventud. Hecho con amor, con cariño; cincelado cual si fuese la imagen de una diosa amorosa que colmara de armonías el silencio, se nos presenta el libro. Y son bellas las palabras liminares: "Tener un poco de silencio entre el bullicio y huir del contagio de los vanos". Palabras que nos evocan sinceros propósitos de renovación, anhelos intensos para adentrar en el corazón la armonía brujesca de las horas y el ritmo de las bellas perspectivas ensoñadas.



De las cuatro partes del libro, las dos últimas.— **Arte** y **Alma** manifiestan más claramente esa filosofía poética de Sotela que siempre se ha caracterizado por ser agradable, fácil, sin urdimbres o falsas figuraciones ideológicas. En **Arte**, con exquisita suavidad de matices y conceptos elevados, con una significación humana tomada de la vida misma, Sotela nos dice, acorde con Renán, que “no debe escribirse, sino de lo que se ama”, lo que completaríamos, según las orientaciones de estética actuales, con la frase de un escritor francés **la manifestation artistique doit—etre avan tout emocionant**. Sobre todo, que la poesía sea siempre una imperecedera eclosión de sentimiento y no un componer de frases ajustadas a ciertas medidas, debe ser el deseo alto del poeta. Esa poesía compuesta será como una bella estatua, como un bello monumento decorativo, mas, sin el voluptuoso gesto del alma, nada producirá en el ánimo. “Quien tiene que recurrir a la permeabilidad intelectual para concebir las formas externas, dará sin duda una cosecha cerebral impávida”. Por otra parte, completando la idea, diríamos también que **P emotion vécu diot se manifester en poésie par des formes claires, faciles et élégantes**, que pongan, con amor, suaves delicadezas en el corazón angustiado y en el alma dolida por la inútil espera de lo que nunca vendrá, o por el ansiado tesoro que jamás será nuestro.

Hablando de la gloria—esa quimera que no existe—, Sotela nos describe la obsesión por poseerla de parte de los incapaces, el brillo que los deslumbra, el afán por conseguir el éxito, el fracaso sonoro y luego, el inútil consumo de energías.

¡Por último, el recoger de su **pobre humanidad**, para que no ría la gente.....!

Cuando nos pinta el cuadro de la poesía futura, del gran movimiento lírico que vendrá, Sotela, con un ferviente optimismo, saluda al prestigio del verso que triunfará en todo momento, pidiendo acción, trabajo, de parte del poeta, pues, "debe actuar en el mundo para que le sirva al mundo; tener, como pedía Silva, "la cabeza en llamas y los pies entre el lodo"; de esta manera, será una fuerza social y se destruirá el prejuicio del público espeso y común. Ameniza sus divagaciones con pequeños sucesos ya olvidados, pero que encierran un positivo interés y una fuerte lógica, ya que, ordinariamente se tiene en cuenta, aquello de que, **como es lo pequeño, es lo grande**. Ser soñador, declararse idealista, escribir, —nos dice—, es un peligro para muchas gentes que no quieren ver en los hombres de letras la posibilidad de ser útiles. Cuando Campoamor escribió para León XIII la humorada en que decía que si él fuese Papa absolvería a todos los pecadores y cerraría el infierno, exclamó el Pontífice: ¡poeta!, ¡poeta! . . . . Pero, lo triste, lo desconsolador, es que se exclame lo mismo cuando el poeta es hombre de impulsos fecundos y no va en son de humorada". El poeta debe, pues, con todo el caudal de sus energías, abatir, aplastar esa espesa sombra de prejuicios, y, como un privilegiado de los dioses, perfecto conocedor de los tesoros mundanos, del alma del hombre, del corazón voluble de la mujer, de los fugaces espejismos, encerrarse en su dorado alcázar, en su lejano templo, con un gesto perfecto y decisivo y dejar que, la leyenda de horas, teja una guirnalda fragante o una dolorosa corona de espinas para su corazón. Serían dos formas decisivas, dos grandes manifestaciones de espíritu superior y una bella renunciación!

La disertación y análisis psicológico sobre los "críticos profesionales" y su obra de destrucción, lo ha hecho

Sotela con gran facilidad, indicándonos sus flaquezas, sus debilidades, el odio que abrigan por lo cual "vengan su propia incomprensión procurando opacar el brillo de los otros".

"Recogimiento" es una bella obra de serenas enseñanzas, que con citas de hechos célebres, con reminiscencias artísticas, con bellas sentencias bíblicas y principios herméticos, nos da la idea de un bellísimo jardín para embriagar el corazón y olvidar las ligaduras con que está atada el alma a la vida y al fracaso diario....

## EL VAMPIRO

“El Vampiro” es una bella obra de Turcios, poeta y prosista hondureño, espíritu refinado, “sentimental, sensible, sensitivo”, que ha laborado, tenaz e infatigable desde las líricas páginas de la Revista “Ateneo de Honduras”, órgano del centro del mismo nombre, por el Arte, con un altísimo fervor digno de imitárselo. Turcios no es un artista iniciado recientemente en los sagrados ritos de la poesía. Amigo y compañero de Darío, su labor cuenta algunos años de asiduo trabajo, años que son laureles para su frente; temblores de emoción gratísima para su alma comprensiva e inquieta, llena de dulces suavidades y ensueños, ambiciosa, como la de todos los soñadores, del rayito de sol, de una rosa roja y del perfume que embriega y entristece. . . .

“El Vampiro” es una novela romántica llena de sugerencias, de notas armoniosas, de cuadros hermosos, que nos elevan a la inefable región de los cielos en un dulce arrobamiento y con la palabra unciosa, florecida de amor, en los labios. La obra es de un poeta; por eso, en sus páginas brilla el matiz del ensueño más que la lágrima dura de la vida; y esta es la parte negativa de la novela. No hay verosimilitud en el relato; los personajes de “El Vam-

piro" hablan demasiado elocuentemente sobre puntos filosóficos y sobre arte, y eso no puede esperarse de muchos enamorados que apenas cuentan catorce primaveras. Por lo demás, el libro nos sugestiona, satisface y agrada.

Siempre tuvimos predilección por este poeta que "se inclina a la perfección de la forma, a la exquisitez de la expresión de los grandes maestros franceses contemporáneos". Sus poemas son miniaturas preciosas, "joyas como para guardarlas en un estuche de raso". Con el mismo cariño que hace el poema, ha pintado cuadros admirables en "El Vampiro", cuadros reveladores de una ductilidad psicológica asombrosa. Y no queremos decir con esto, que desconocíamos en este punto a Turcios, nó; ya le habíamos admirado en preciosos cuentos. Recordamos "Idilio Roto" y "El tío Roberto". El último cuento tiene para mí un encanto de evocaciones y sugerencias que me halaga el haberlo encontrado. Es el amor ferviente del soñador, del hombre que siente en su alma la serpiente fatal, reprimida a tiempo, para no dañar el jardinillo de ilusiones de la sobrina. Hay cuadros como éste: "Bajaron muy despacio a la hondonada cubierta de árboles frutales y regada por un riachuelo de aguas rumorosas.

Ella le trataba familiarmente y tenía con él confianzas que le turbaban.

En aquella luminosa mañana todo parecía sonreír y amar. El sol ponía sus cálidos besos sobre la tierra estremecida. Cantaban los pájaros y el arroyo rumoreaba, deslizándose como una plateada serpiente por entre los árboles.

Julia hacía inútiles esfuerzos para alcanzar un durazno sonrosado que pendía de una rama. Daba ligeros saltos sin que sus manos pudieran coger la codiciada fruta.

Jadeante y con el rostro encendido, gritó:

—Tío, levántame un poco.....

Roberto se acercó, todo trémulo, y la tomó en sus brazos. Ella reía como una locuela y su aliento aromado acarició el rostro del joven, que la estrechó un segundo sobre su corazón, al sentir, bajo su corpiño, el temblor de sus senos pequeños y duros.

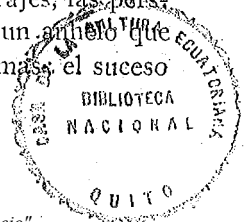
Julia dió un ligero grito y escapó de la ardiente presión". Y el cuadro sigue, sencillo, suave, lleno de fragantes delicadezas. Cuando el tío siente que va a perder a la niña, que su fatalidad se extiende cual una serpiente para abrazarla en su desgracia, la besa apasionadamente en la boca y "dominando la ardiente fiebre de amor" huye de su lado, loco, extraviado, llevando "el corazón lleno de lágrimas". El epílogo nos dice del doloroso encuentro fugaz, después de muchos años, en una noche de carnaval, de vino y canciones lujuriosas....

Para terminar, nosotros diremos con el escritor Cerna, que su "Vampiro" tiene el vuelo del ave siniestra que ennegrece el cielo azul de María y puede batir sus membranas al lado del cuervo legendario que agita sus alas de sombra sobre la frente de los Atridas imperiales de Austria". Y ahora, que siga, fluidora y suave la armonía de la fuente y el trino del ruiseñor.



## "CAPACHITO"

Carlos Acuña, el conocido autor de "Vaso de Arcilla", "A flor de Tierra", nos ha regalado una nueva obra "Capachito", que es una colección de cuentos y novelas cortas donde se puede mirar, brevemente esbozados, tipos y costumbres chilenas. La personalidad literaria de Acuña se destaca ya vigorosa y con delineamientos precisos, de entre el grupo prestigioso que lo forman Maluenda, Mariano Latorre, el autor de "Cuna de Cóndores" y "Cuentos de Maule"; Januario Espinoza, autor de "Cecilia"; Federico Gana, el de "Días de Campo" y "Manchas de color", pequeños poemas sugerentes; Baldomero Lillo y otros cuyos nombres se nos escapan por el momento. La labor de Acuña, refleja su refinamiento estético conseguido por el cuidadoso cultivo subjetivo, en que fluye natural, espontáneo, en sus cuentos, dándonos una impresión agradable y precisa en el curso del relato, en las líneas que pintan un dolor, en el trazo elocuente que encierra un paisaje, lo que indica la aproximación propicia a la tendencia espiritual más amplia que lleva al fervor de la novela moderna, de la cual se espera un florecimiento glorioso en América, ya que dentro de ella caben los más floridos mirajes, las perspectivas fugaces y difíciles, la irrealidad de un anhelo que puede, como mágica vara, hacer brotar lágrimas, el suceso





más saliente en una vida, el detalle pequeño de una visión....

Hernán Díaz Arrieta, autor de esa novela de bellos apasionamientos "La sombra inquieta" y crítico sereno y justiciero del grupo de Armando Donoso, González, Contreras, Nieto, grupo admirable donde se inició ese carácter nacional que ya palpita en la literatura chilena, prologa el libro. En una rápida revisión de valores va "desde el paisaje panteísta y apasionado de Shade, lleno de alta melancolía, hasta los campos soleados y coloreados de Rafael Maluenda, pasando por los antros sombríos de "Sub—Terra" donde nos introduce Baldomero Lillo, y a través de las serenas avenidas de álamos de Federico Gana" hasta llegar a los lugares llenos de pinares donde soplan auras marinas, de Iris.—En este cuadro definido, pleno de armonías y de un colorismo fuerte, Arrieta nos dice que, Acuña sería una nota fresca, personal y divergente en relación a los anteriores....

Acuña describe el paisaje que prepara para una escena, en sobrios párrafos, con una suave sencillez y graciosa naturalidad, sin entrar en detalles inútiles o en tardíos comentarios, dando al lector una sensación de originalidad y el bienestar que produce la visión forjada en la mente cuando ésta armoniza con el cuadro.

Es sorprendente la naturalidad del diálogo, y digo sorprendente porque estamos acostumbrados a oír hablar a los personajes de un cuento, de una novela, no como en la vida, sino con la erudición y brillantes imágenes de los libros, y esto, aquí como allá, diré, más que allá, aquí donde es infinito el número de escritorzuelos fabricantes de novelas y cuentos, verdaderos partos de los montes. Acuña tiene el gran mérito de encontrarse en el término pre-

ciso: dando naturalidad a sus diálogos nunca baja al nivel de lo vulgar. Podría decir, sin incurrir en un error, que sus cuentos no tienen argumento, esa trama hábil, urdida pacientemente; se desarrollan expresivos y, a veces, la nota de un paisaje en armonía con un estado de alma, une el relato anterior al descrito conduciéndolo suave y naturalmente a un final. En "El Prestigio" el lector una vez que ha principiado su lectura, se imagina ya cual será el final, el resultado de la presentación del poeta, el **gran prestigio**, a un grupo de frívolas muchachas que recitan sus versos sin comprender el tesoro que encierran, pero que saben, eso sí, muy bien, analizar la persona de aquel soñador, descubriendo el color de los calcetines y burlándose de la figura pequeña y del descuido de la ropa del idealista.

En "Luciérnaga" Acuña relata admirablemente esas románticas aventuras con muchachas que el azar suele ponernos al paso. Sin filosofías, cuenta el caso a otra chiquilla y el diálogo fluye dulce, interesante.

—"No hagas más preámbulos, cuenta...."

—Te dibujaré la silueta: una muchacha delgada, pálida, de ojos pardos muy dulces. ¿Quién era? Una cualquiera.....

—¿Cómo la conociste?

—La tarde de un domingo, buscando aventuras con muchachos de mi edad. ¿A dónde vamos?, nos dijimos los tres al salir del restorán de moda con el cigarrillo en la boca y el ansia de vivir. Suprime tu las carreras y las visitas y esta ciudad de medio millón de habitantes, hoy como hace diez años, es una aldea grande, insoportable y aburrida.

—¿Sabes a dónde podemos ir?—dijo uno. A la quinta Atola. Hay jardines, sombras de árboles y unas muchachas.....

.....

Y allí la conocí. Tal vez era la carnaza, el cebo de los parroquianos”. Y sigue el relato sugerente. Mientras los demás bebían, él se enredaba en una charla escudriñadora del espíritu de ella. Luego, viene el amor, ese amor loco con “la cualquiera” y el epílogo triste, la muerte del corazón por la cobardía de los prejuicios.

De los mejores cuentos son, sin duda alguna “La culpa de Elsa” y luego “La ría embrujada” donde se habla de la muerte de Artemio Valín envenenado de literatura, el peor de los envenenamientos que hizo exclamar al poeta: “Literatura, literatura maldita—¿con qué fiebres ardientes me embrujas? ¿Con qué vino—de oscuros maleficios torciste mi destino?—¿Qué hechizo hay en el fondo de tu palabra escrita?”.....

Cuentos sugerentes, bellísimos que agradan al lector a la primera lectura, son también “Domingo” “Hembra Criolla”, “El Amo”.

En realidad, Acuña está llamado a ser uno de los principales representantes de la generación que inicia la literatura nacional chilena, de los que darán “carta de ciudadanía artística” a ese país, como dice Díaz Arrieta.

## RUBEN DARIO

*Ligeros párrafos  
en el XI aniversario  
de la muerte.*

Una de las figuras más gloriosas en el mundo literario Hispano-Americano es, sin duda alguna, la de Rubén Darío, el magnífico maestro de bellezas y del aristocrático dolor elegante, el que "ayer no más decía el verso azul y la canción profana". Su *sprit d' élite*, apasionado, vibrante y exquisito, revolucionó la lírica de dos hemisferios y aplastó las pequeñas estéticas imperantes, estragadas y enfermas de presbicia.

Darío vió la luz en los lagos esplendorosos de Nicaragua y "vio el cono casi perfecto del Momotombo como en una alucinación japonesa de Hokusai". Su Metapa, villorio de ciento veinte casas, le dio una primavera de romanticismo y la bendición de un mal de enterrecimiento, le enseñó a amar, porque amó como el que más, le enseñó también a perfumar sus soledades y a besar el ensueño de sus rosas contemplativas.

El autor de **Era un aire suave de pausados giros**, cantó siempre con el dolor del eterno atormentado y la nostalgia del gran errante taciturno. Obseso en la búsqueda del tesoro oculto tuvo perennemente, a flor de alma, una inquietud y en los labios, la flor blanca del canto inefable que fue una saeta de luz sembrando estrellas.

Tanto París como Madrid regaron rosas en su l y el Ateneo de Londres le hizo una ferviente man

ción elogiando sus libros sin reserva. Y es que Darío no sólo es un poeta altísimo sino también un maestro de la lengua. Como literato Darío subió a la cumbre de la montaña en la lengua que le reconocía como maestro, dice Courrier. "Enamorado de una belleza ideal cuya visión le atraía durante todo el curso de su vida, no obstante la guerra de las pasiones que hubieran podido oscurecer la visión, se esforzó en levantar sobre sí mismo, mientras que nubes de melancolía enfriaron su alma ardiente".

Hoy, muy bien se evocan sus palabras sugeridoras que marcaban su psicología y la visión de su huerto de "Cantor Cartujo", de refinado, de doloroso. Sí, Darío, el Príncipe y Señor de la Belleza "dueño fue de un jardín de sueño, lleno de rosas y de cisnes vagos".

El frac diplomático jamás fue motivo para acallar la lira. Madrid, París, Buenos Aires, Río Janeiro, México, la Amarilla Yanquilandia, todas le miraron siempre el mismo y todas admiraron la pedrería finísima de su estro. Unánimemente fueron aplaudidas sus obras "Azul", "Prosas Profanas", "Cantos de Vida y Esperanza", "Todo al Vuelo", "La Caravana Pasa", "Opiniones", "Por tierras solares", etc.

No es esta la ocasión de ponderar la flexibilidad armoniosa, la ductibilidad admirable, el perfume embriagador, profundo y universal del verso de Darío que es emoción altísima, sangre divina de crucifixiones, oro puro en lentitud de bondad, de melancolías irreparables..... Mas que cualquier comentario se impone la inmortalidad en los labios de todos, que al vibrar con la elasticidad de las visiones ennoblecidas sienten un remozamiento de juventud, un apartar de marchiteces, una suave palpitación de romanticismo, una glorificación pomposa de vida nueva o

de un brillar de luceros para el éxodo abierto en el retorno de todos los caminos. Su verso será eterno y siempre se expandirá en racimos de luz aromando esperanzas y fortaleciendo vidas. Su gran rebeldía y su luminosa percepción le abrieron mundos inéditos, bellezas nuevas que él logró ligarlas amorosamente con ritmos propios. Marchó en armonía con los dictados de su corazón e hizo de su jardín interior un universo de constelaciones puras. Porque, nada más evidente, nada más certero: para la salvación del yo, no hay más que el yo mismo y nuestra sabia adivinación.

Ya lo dijo el poeta indio, el de las barbas judaicas: "En el mundo no hay más posada que la que cada uno lleva dentro".

Darío desechó siempre las críticas pedantescas llenas de opulenta suficiencia y directoras de criterios. Y sobre todo, quebró lanzas contra dogmatismos y viejos prejuicios. ¿Qué le importaba la crítica a él? De ahí que, de su labor en Buenos Aires dijo: "Yo hacía todo el daño que me era posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico, a la tradición hermosillesca, a lo pseudo clásico, a lo pseudo romántico, a lo pseudo realista y naturalista y ponía mis "Raros" de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Rusia, de Escandinavia, de Bélgica y aún de Holanda y de Portugal sobre mi cabeza". En España hizo labor parecida. Destruyó las puerilidades arcaicas y los prejuicios estéticos más enraizados lo que le valió la protesta de cenáculos (o gallineros) y causó enojo y espanto entre fanáticos, intransigentes y tontos, los que comprendiendo en breve el "mal paso" rehicieron su torpeza encomiando cautamente, "a medias tintas" esa labor de belleza.









# FIESTAS DEL CORAZON



## MEDALLON

Fuí por extraños senderos ansiando la sonora conquista de un tesoro infinito, que encerrara, en su rubio seno, la clave eterna del ensueño sin fin, del amor sin límites.

Busqué,— idólatra empedernido—, más allá de la frivola superficialidad de las cosas, la sonrisa de oro que iluminara, en los desvelados y angustiosos silencios de la noche, los momentos contradictorios de la vida. Ante la Esfinge—; oh, Esfinge Primordial y Unica!—pensé en la bondad del silencio absoluto de las elocuencias más floridas y en el vuelo luminoso de los corazones cansados. . . .

El dolor eternal latió unísono como en los tiempos lejanos, ya perdidos en la sombra vertiginosa de los años. ¿Acaso apresuró el ritmo de mi anhelo inefable? Siguiendo la jornada, en la senda elegíaca, dejé como todos y aun más que ellos, muchos recuerdos, vagas nostalgias y blancos girones de vida. Las fosforescencias de mi inquietud primigenia no turbaron el sortilegio de mi alma, ni aherrajaron las florecillas de mi resignación. ¡Nadie abrió las antiguas puertas de la desesperanza!

Viví la vida incierta de los fatalistas y tuve un óleo purpúreo para los vencimientos y una divina flor blanca para los fracasos. . . . .

Oh, cuántos años hice de pequeño salvaje, soñando en el bosque profundo y mirando la selva como a un Dios bueno, a través de los himnos del amanecer..... Soñando, hilvanando quimeras, ¿qué esperaba?, ¿qué anhelaba, para mi locura infatigable? ¿Por qué miraba tanto el zafir del cielo, el bosque triunfal en las lentas agonías vespertinas?.....

Era el deseo ilimitable, ambiguo, sin precisiones determinantes, como una vaguedad de cosas lejanas.

Mas, una tarde, como se descubre un himno o un dolor, se descubrió en mi vida triste un amor humilde, y, ¡tan bueno! Y como pretéritamente no lo había conocido, apenas pude llorar sobre su túnica y balbucir palabras de imposible. Miré sus pupilas extasiadas, extrañado y loco, pero no supe aprisionarlo, no robé un perfume a sus manos, ni aprendí la dulzura de su sonrisa encantada, ni marché por el mismo camino de gloria.

## LA LOCURA

Anublada la conciencia, Septimio penetró en aquel jardín de quimeras donde siete vírgenes pálidas danzaban al són de una vaporosa armonía.

Ah, qué bellos los ritmos dislocados y aquellas mujeres que no eran reales!

Sumido en el caos de una locura dulce, veía y gozaba con las exageradas apariciones que sólo revoloteaban en su masa encefálica.

En el hospicio del placer, Septimio vio cómo el microbio celebraba blancas nupcias con la muerte y cómo el Dolor reía junto a Violette, o la Alegría, en cuya testa se dilataba un nimbo de oro. Luego, apareció, de entre un fabuloso jardín que tan pronto era azul como rojo o morado, Melisatti, o el Amor, con un gran collar de corazones.

Catherine se descubrió entre los rosales con aquella palidez cenizosa de que habla Lasuimanthe; abrió las puertas de una gruta y aparecieron tres bellísimas serpientes que empezaron a moverse torpes y que luego se envolvieron a su cuerpo. Era Catherine el Vicio.

Septimio, desquiciado, empezó a danzar. Los cuidadores le miraban apenados a él, que no era sino un molinete incansable.



## A FLOR DE VIDA NUEVA

He vuelto a sondear el alma.... Un absolutismo inútil por las cosas acapara sus creaciones entre engañadoras pirotecnias. El ensueño le envuelve en brumas cansinas y, tardíamente, pone notas sabias en la aridez de la ruta. Su canto se ha apagado al rumor del invierno, y ya no siente la exquisita suavidad de las rosas y ya no mira la excelsitud de las constelaciones....

Y no hay por qué llamarla, no hay por qué lanzar el áspero alarido, diciéndola: ¡Alma, levántate! Posee ya el divino cansancio adquirido en la vaguedad absurda y grandiosa del paraíso de las quimeras..... Ella no tiene la armoniosa claridad de las estrellas; pero viaja, en otro nuevo campo, una vez mutilada su visión de ayer, con alas de oro..... En la búsqueda inefable de un ritmo de vida halló la locura cambiante de ser mariposa o piedra del camino.....

A tí, ¡oh, excelsa! que te podría llamar la muerte divina, te cantaron bellas canciones vírgenes misteriosas y el Amor mismo, te llamó con los más suaves, fragantes epítetos; las auroras, muchas auroras, espigaron sus luces en la albura de tu túnica y, acaso, cariciosas besaron la pureza de tu afán bajo la inmovilidad de los cielos rosas.



Pero tú, ebria de infinito, duermes de cansancio y no te importa que la primavera rompa sus cristales sonoros. Has desechado las azulidades de los mirajes, el frescor de tus minutos de delirio, y aun has apagado tu ritmo de alegría para que no le recojan los ruseñores fatigantes entre espumas de flores.....

## RISA PAGANA

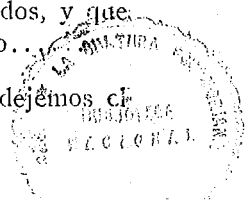
¡Que estalle la risa pagana—fuego y oro—, como una floración magnífica de lo que perdonó la vida..... Ante la visión grácil de la farsa bella de infinito, que vuela nuestro anhelo en busca de los inasequibles y divinos placeres inéditos. Evocaremos a la novia imposible y a la distancia, con el corazón loco y embrujado de inquietud, la besaremos en la frente, limpiando al corazón de un dolor antiguo y muy humano.....

(Los recuerdos serán también suaves dulzuras imprecisas como de húmedas pupilas de mujer).

Eternos Arlequines, llenemos el corazón de armonías, aún cuando el dolor del constante golpetear de las piedras falsas, nos muestre lo imposible. Reir, perfumar el engaño, cantar lo imprevisto, obrar como dijo el poeta, pensando que la vida comienza mañana.

En la quietud del silencio, que se abra la ilusoria belleza, perfumando de amor los corazones cansados, y que desparrame rosas el alegre hechizo del ensueño...

Como una rama vieja, inservible e inútil, dejémoslo pasado!





## SERENIDAD

Ya se ha perdido el eco de la canción buena y sencilla y el dolor ha vuelto, triunfal, iluminando tu senda desierta. La Primavera, la dulce Primavera soñada, valedosa como las pálidas novias amadas, no dejó su recuerdo.

Pero, sonrisa, flor, perfume son tus lágrimas internas, las bellas lágrimas del espíritu que, marchando por todos los caminos, mirando todas las visiones azules--rosas de un minuto—, oyendo la fatal carcajada de lo inevitable, en la crucifixión dolorosa de las horas, ya conoce el triste dón del anhelo insaciable y de la vida inútil. Por eso, espíritu, buen espíritu, ilumínate; hoy como ayer acaricia el dolor; hoy como ayer besa las espinas y bebe el agua inefable de las humildes cisternas y reza la oración de la belleza imposible. En los rubios senos secretos de las cosas, retorna tu gracia ingenua y tu fe de amor. Y antes que se hunda en la niebla de lo incognoscible tu corazón, buen espíritu, cúbrete de la claridad sabia que te embriagará entre sus floridos brazos. Apaga la sed ilusoria de los exotismos de ayer y de las frívolas contemplaciones, y entorna tus párpados perfumando la arcilla áspera de los caminos.



## SILENCIO, BELLO SILENCIO

Oh silencio!, maravilloso dón para nuestras almas atormentadas por el divino mal del ensueño, para los que miramos, desde nuestro alcázar de infinito, el hermoso florecer de las estrellas; para los herméticos e insaciables, eternos ilusos, obsesos de la obra perfecta que jamás estará en armonía con el fatal ritmo de las cosas; para los caídos que sembraron de lágrimas blancas la arcilla áspera de los senderos; para los fracasados, los tristes amantes, los hastiados de la vida..... Tus cerrojos floridos—oh!, silencio!—cuanto bien hacen al corazón.....

Las vírgenes de ensueño aman en tí todas las exquisitas emociones, todos los íntimos padeceres. ¡Oh, silencio, bello silencio! Las siete puertas de la maravilla se abren a tu conjuro y son más lánguidos, más voluptuosos, los cánticos de la primavera, el murmullo de los arroyos, y son más suaves, más profundas, las pupilas de la mujer. En tu rubio corazón aprendieron los dioses la renunciación y los hombres imitaron, serenos, complacidos, después de haber vaciado el vino rojo del placer momentáneo.

Silencio, bello silencio.....! Cuando floreces en los corazones, cuando los labios te besan con un beso absorbente, cubres de eternidad la frágil ambición y das rosas de oro de tu rosal solitario y sin espinas!



## RENUNCIACION

¿Para qué aspirar el retorno del ensueño ya ido, del perfume amado, de la rosa de ilusión, de la caricia perdida? ¿Para qué aspirar que la pirueta luminosa de un minuto, aquella que sació nuestros deseos, vuelva a iluminar las sendas y a colmar de luz las pupilas cansadas?

Abramos las puertas luminosas sólo al recuerdo viviente que él plasmará la parábola infinita en nuestro efímero vaso de arcilla con un gesto de alma. Dejemos abandonado el cauce por donde corrieron, esplendorosas y magníficas, en otro tiempo, las ilusorias aguas, y que nuestra sed insaciable, sea como una rosa solitaria, muy altiva, muy noble, con el perfume de la leyenda de horas....

¡Qué importa que otros anhelan el aroma fugaz de los quimerismos audaces! Sólo hay un ritmo en cada co-razón y la inefable melodía se oye dulcemente cuando ya el cansancio florece entre las rosas del jardín íntimo.....





## DE LA VOLUBILIDAD DE LAS COSAS

Bajé al jardín, silencioso, pensativo, abstraído en oscuras meditaciones. En aquel jirón pequeñito de tierra mojada, las rosas rojas, todas las flores, despedían un aroma maravilloso. La Luna ponía una suave tonalidad plateada en el verdinegro muro del pozo.....

Entre los árboles, el viento apenas silabeaba notas frívolas.....

Levanté los ojos para contemplar el firmamento donde las estrellas formaban una ruta blanca, una ruta pura... Y pude decir, igual al poeta "una íntima voluntad las impulsa y las dirige; un celo exquisito las quema y las consume; por esto son radiantes y bellas". Y son como ráfagas alucinantes de belleza, que pasan, pasan....Y son como parábolas que quisieran llegar a la Esencia..... Es decir, la volubilidad exquisita de la vida palpitante que se sutiliza más y más en busca del Ritmo Primordial..... La Volubilidad Vibrante, la única forma de Vida Nueva... Y ella palpita en el jardín, en los rosales, en el viento silabeante, en el granito imperfecto de arena.... Y también en las estrellas lejanas, en las albas y puras estrellas maravillosas.....

Surgía, bella y triste, la interrogación de lo que está velado por el tiempo.... Pero el tiempo es sólo una brisa, alada y laboriosa, que depura constantemente todo lo existente hasta que llegue a la forma máxima de la Transubstanciación..... El tiempo, tan bueno y silencioso, es el arrullo lírico de voz ahogada que dice de la bondad de la muerte.....

Como las sabias palabras, serenas, justas, y aromadas de un encanto inefable, del Gran Oriental, pasan los momentos de la vida. "Todas las cosas que existen en el tiempo han de desaparecer, las selvas, los montes, todo lo que existe así. En el Tiempo nacieron todas las cosas que tienen deseos..... El sol y la luna, el mismo Sakra, con toda la multitud de sus existentes; todo sin excepción perecerá, no habrá nada que dure".

Y en esta hora blanda, una voz, otra voz, ocultas, me dicen de destinos ignotos, de rutas incomprensibles..... Las rosas, se doblan tristemente..... Hojas vidriosas, amarillas, caen de los sauces serenos..... La luna se ensombrece y unos dedos negros se enclavijan en el pozo. El viento silabea ronco, una canción áspera, dura.....

Y la vida palpita en una nueva forma. ¿Quién puede decir de las transformaciones que, minuto a minuto, germinaron en el todo? La forma imperfecta de lo que palpita ¿qué nueva ruta tomará?

Dejo el jardín, melancólico. Al paso, tomo al azar, varias flores que me dirán, calladamente, de la voz voluble de las cosas que marchan, primero a la muerte y luego al Principio Primordial.

## BALADAS DEL EXTASIS

¿No sientes el dulce ritmo de las cosas cansadas?  
¿No miras el tesoro inefable que sobre los mundos flota,  
igual a una evocación de amor?.....

El viento silabea su grata canción familiar. Emocionado, el corazón tiene un momento de lírica meditación galante.

Yvanoy: abre tu alma y llénala de la música pensativa del hilillo de agua clara y de la luz temblona de las estrellas distantes. Deja que la hora incierta te colme de un anhelo infinito, y que humedezca tus pupilas la alegría melancólica del Amor.

\* \* \*

¿Por qué tendrá el valle esos colores cansados en los que se rompe nuestra emoción frágil? Ambos hemos hundido nuestras pupilas en la vaguedad del valle inmóvil. Y se ha roto nuestro dolor estancado con furtivos balbuceos y exclamaciones ingenuas, sin saber por qué.

¡Oh, la dulzura opaca del valle doloroso! Yvanoy, penetremos en la sombra de esa quietud melancólica y bus-

quemos la clave de la armonía deseada. Empapemos el espíritu de la serenidad taciturna de este valle hundido entre sombras extasiadas.....

\* \* \*

Con los ojos agobiados por el dolor miré la sombra del mundo. Había en ella millares de almas sollozantes, y todas buscaban la clave del placer egoísta. La ternura era solo un fingimiento como un fugaz y cotidiano estrecharse de manos.

El Amor, mirando tanto egoísmo, no se acercaba con su dulzura de canción, con su suavidad de primavera. ¡En el cielo brillaban infinitos luceros! Nadie los miraba.

\* \* \*

Cuando el dolor vierta su pungente aroma en tu corazón, Yvanoy, no lo deseches, no trates de apartarlo. Sólo el dolor no hará torcer tus pasos vacilantes en la noche en que los hombres, atormentados de tanta soledad, busquen el camino perfecto y vayan, perdidos, nuevamente a la noche inmensa. Y si la Primavera ha huído ya de tus lares y si el invierno se empeña en borrar la visión excelsa, y se llena el vaso de tu alma con una melancolía infinita y perturbadora, no lances la palabra fuerte, pues eres el escogido: de siete lunas de oro brotarán los diamantes fuertes que alumbrarán tu sabia madurez de hombre taciturno y tu virilidad pensativa.....

## SINFONIA DEL RECUERDO

### I

Lentamente fluían las palabras con un oculto sentido narcótico, mientras nuestros ojos alucinantes clavaban estrellitas azulencas en la hierbada aromosa del paisaje. Tu reías a intervalos con tu buena risa plena de armonías y cristales; yo besaba mis penas en tus ojeras lánguidas..... Sin duda, desconocíamos el cuidado que ha menester el pequeñito jardín interior.

Y vivimos el minuto sin morder la aspereza de lo vulgar. ¿Recuerdas? Tus palabras eran un salterio musical, blancamente sagrado. Te acompañaban los pájaros y la brisa. La brisa que tantas veces sollozó en mi corazón como una pena trunca, en aquel minuto era jocunda y vividora en tus labios jugosos.....

¿Recuerdas? En la fuente lavamos nuestras pupilas para mirar las estrellas que se perdían. Y nuestras almas luego brotaron, queditamente, en las pupilas como una amanecida triunfal.

Y abrimos el corazón a todos los peregrinos ya sin el miedo de la sombra.....

## II

Tu sonrisa es como una flor de primavera que se abre al rocío soñado con romántica serenidad. Quizá, ayer, ella fué la que suavizó una pena lunática clavada hondamente en el corazón....

Muchas veces tu sonrisa ha sido una lámpara ambigua de milagros y embrujamientos, encendida en el crepúsculo cerrado. Y mi pobre corazón, de niño la adoró, la invocó en la soledad de un sendero violeta.

Hoy en una calleja llena de niebla parda y triste, nuevamente mi corazón invoca esa sonrisa clara.

¿Es una ilusión, una esperanza?..... En mis pupilas abiertas, como una visión, se clava la imagen de tus labios floridos, imposibles, perfumados de versos de almas....

Mi corazón alborotado pide más, pide más.....

## III

Tus cabellos los he ovillado en mi corazón y día a día van perfumando mi vida..... Y la tristeza enferma de aquel día de lluvia que traicionó nuestro amor, se va desdibujando del recuerdo. Ese día de lluvia en que nuestros corazones se cerraron egoístamente, está lejano.....

Tus cabellos aprisionados son parábolas de luz rubia dentro de mi alma, parábolas como cuentos blancos que hubiesen florecido en un montón de almas de dieciocho abriles.

Yo los amo; no me separaré nunca de ellos. Hasta los libros más amados tienen un suave olor de Primavera y de Ensueño.

## LAS FIESTAS TACITURNAS

Se exalta en los sentidos un oleaje de perfumes de mujer. Las voces múltiples se envuelven en la sombra para ocultar los extravíos dislocados del espíritu. Y la coloreada audición no brillà en el valle armonioso de la fe, aunque todos dicen, en magnífico concierto, de la gloria del vivir. . . . . Los hombres se envuelven en los fastuosos ropajes del engaño cotidiano, del engaño que es un fácil eco de las disonancias de esa vida que sueñan. ¡Oh, multitud, ¡Oh, heteróclita multitud indefinible! Danza, ríe, se embriaga de amor y de locura, pero no sabe a donde va ni que espera. . . . . Sólo el Instinto,—Dios Único y Señor Todopoderoso—, la lleva de la mano. La multitud fantástica no sabe de la sabiduría de los desconciertos. . . . .

... Los ritmos galantes se tienden, mariposeadores, y falaces, como llamas invisibles de un fuego que anhelara dorar el alcázar de los éxtasis falsos. Las visiones se estremecen, se conmueven cual estrellas de un cielo anóchecido, que vigilara, virtuoso de fervor, los senderos breves de todos los jardines. Y los cuerpos giran, se voltean, elásticos y finos, hacia atrás, y vuelven, en admirable contorsión felina, pálidos y ligeros, al són evocador de la mú-



sica vaporosa, rica de matices, rica cual un tesoro de cien mil diamantes. ¡Oh, cómo giran hermosos, beodos al contacto que embriaga, alocados e ilusos, bañándose en emociones lozanas! Hombres y mujeres danzan olvidando al olímpico hastío—¡Las lindas mujeres saben que la danza es el mejor sueño feliz para el mal del amorfo cotidianismo!—¡Oh, las bellas mujeres! Tienen rojas frutas maduras—, las bocas ambiciosas, en un gesto ambiguo, y las pupilas como que avizoraran un largo tropel de placeres inéditos, de inefables placeres poderosos, de aquellos que hacen saltar de asombro en asombro, llenando de contentamiento los huertos exuberantes de nuestros palacios....— ¡El temblor infinito de la carne túrgida es una blancura: de sol que, esparciéndose invisible, enloquece!

Danzan, felinas, las mujeres, las lindas mujeres, brotes de esperanzas, retoños de luz. ¡Acaso el Amor no vea como éstas! Ellas darán, deponiendo cetro y diadema, el divino grito perfecto, cuando Nuestro Señor, el Príncipe Pecado, coloree de rojo el castillo de la ilusión inmensa; cuando tiemblen, afiladas, las pupilas, absorbiendo astros y estrellas, al golpe alado del amoroso contacto final; cuando se trasvase, fabulosa, la esencia divina, la que ha hecho surgir los mundos, los continentes florecidos, las especies libérrimas y las locuras armoniosas. ¡Oh, mágicas corolas de carne celeste, creadoras de universos!

\* \* \*

Danza la multitud ambigua.... ¿Por qué los cuerpos incógnitos, los muslos misteriosos, los ocultos senos prometedores, tienen un aire de pureza?... Las hermosas mujeres poseen la clave de esta ciencia infusa. Y luego, ¿qué importa todo, si todo va bien? Ellas han aprendido "ho-

jeando, el libro de la rosa, que el destino total de su belleza, la flor lo alcanza con morir hermosa”.....

\* \* \*

Danzan, se embriagan de amor y de locura, parejas de amantes y de extraños. Y todos tratan de ocultar al gran dolor. ¡Oh!, esta conjuración de júbilo es incapaz de contener al grito eterno, que desde las fecundas entrañas mana, impetuoso y magnífico, lo mismo en el joven melancólico de veinte años y en la novia esperanzada que ansía vivir de las ilusiones que cada día renueva el buen jardinero Ensueño; que en el hombre de edad y de serenos principios filosóficos, que conoció muchos senderos y que, a la postre, se empapó de un tonificante excepticismo, anhelando aprisionar así la fórmula de verdadero vivir de que hablaron, voluptuosamente, los poetas orientales.....

Mientras danzan, ciertos hombres se observan el corazón, y piensan, a través del prisma del pasado, en la placida “indiferencia sabia” de otro tiempo, transformada hoy en lágrimas, fruto de fracasos imprevistos.....

\* \* \*

¡Oh, humanos crucificados! Ocultan al dolor en las recónditas estancias del corazón, y él vuelve, como un sol de invierno, dorando pálidamente los recuerdos, levantando, de los subsuelos del olvido, tristezas transformadas...

Hubo pareja que al jurar—¡oh, ilusión de atormentados!—, un eterno, un imperecedero amor, al través del

dolor, de la vida y de la muerte, reflejó en las pupilas la sombra del temor. . . . Y hubo extranjero que dijo, melancólico, no ser cierta la sabiduría del Romero. . . .

En la fiesta, la cansada alegría era un sollozo de niño desencantado. Sólo el dolor reía mientras gozaba la multitud. . . . .



## EL POEMA DE LA CASA FAMILIAR

La arcilla cansada de esta casona humildosa, extasiada al margen de la rúa, se coronó de rosas blancas, en otro tiempo, al llegar la Primavera; pero, al florecer el milagro de esa belleza suma en el barro enlutado, esta casa triste y buena como el amor casero, enseñóle al hijo que habitaba los decorados salones del dolor, a mirar la divina estrella de la sabiduría muy cerca de la cruz de su angustia, y recogerse, como la sensitiva, en el estanque claro de la meditación.

¡Oh, amada casa triste en la que se despertaron los primeros afanes, en la que brillaron, como constelaciones, las primeras inquietudes! ¡Casa de paredes ancianas y de fragante jardinillo pobre!: yo conservo, en el fondo iluminado de mi espíritu, tu visión generosa, con igual perfección con que immortalizo la imagen de la primera amada. Trazaría tu perfil a oscuras, en la arena de un jardín, aunque me temblasen las muñecas adoloridas, aunque mis pupilas no pudiesen mirar.

Porque tu enseñanza fue sabia, mi gratitud es un vaso de ternura desbordante. Siempre tus puertas—páli-

das y envejecidas— permanecieron abiertas y fueron para los desafortunados, los taciturnos, los atormentados, manos pródigas que ofrendaron perfumes de primavera, finas mieles y santas alegrías. Por eso innumerables noches alzaron por tí, casa amiga, la loanza infinita aquellos hombres rudos que vinieron de huertos extraños, rojos los pies, las manos destrozadas y amargo el corazón. Sus cantos ingenuos fueron, en la noche profunda o en el alba naciente, como los dulces besos de las madres que dan a sus hijos al partir a países exóticos.

Por tu vientre pródigo en el que cosecharon las uvas mejores los desheredados; por la estrella de tu amor que supo abrirse para derramar dones; te saludo, casa humilde y buena como el pan casero!

\* \* \*

Recordando el tiempo ido, cómo quisiera corretear, dislocado y travieso, por el amplio patio lleno de hierbecillas tímidas, por los sonoros corredores y luego, por las estancias claras y aromosas perturbando el trabajo de la hermana y la sonrisa propicia de la madre; medir, como antaño, con ligero trotecillo la inmensidad de la casa y terminar el día, tranquilo y satisfecho, yendo a sembrar en el huerto una planta seca.....

¡Oh, melancólica casa que sabes de mis primeras caídas, de mis infantiles sollozos, de los pequeños fracasos! Me enseñaste a caer en el barro, pero también supiste levantarme. Y tu misma has hecho que en el fondo callado del corazón nazca una inquietud como una estrella para mirar distintos horizontes; tu misma has hecho de mi sonrisa rosa de niño, el sayal alucinado del romero. Y ya se-

ré siempre ronero, iré por los mundos del dolor y la belleza con mi vara florecida que recordará al rosal compañero del huerto amado.

\* \* \*

El vértigo desmedido, loco, de los hombres turbulentos, va haciendo desaparecer la belleza antañona de las seculares y nobles casonas en cuya helada piedra, historiada por el tiempo, sembró sus maravillas la lluvia incansable. Van desapareciendo aquellos salones de respeto, salones doctorales, pálidos salones de veneración, de cuyas paredes pendía el Crucificado, taciturno y magnífico, enseñando a los hombres, desde el alto trono de su sacrificio, la bondad suprema del perdón ilimitado. Mas los hombres que entraron en el Invierno y rezaron en el recinto blanco la mejor oración, ternísima como la sonrisa de los niños, jamás podrán abandonar aquella paz que encontraron en las estancias profundas de las casonas antañonas donde hasta el sol penetra recogido.

¡Oh, la visión de aquellas salas silenciosas!

Las mujeres esperaban, en las estancias familiares, el azahar de las nupcias, conservando el tesoro de su castidad perfecta. Las ancianas madres trémulas sostenían coloquios con el tañido grave de las campanas, y en los crepúsculos borrosos de todas las tardes, veladas las pupilas con lágrimas, esperaban desposarse con la muerte... Las pobres hermanas anhelaban la llegada del extranjero que traería visiones de lejanía, ensueños primaverales; pero siempre unciosas y taciturnas, penetrantes y agobiadas, sabían esperar, esperar.....

¡Ah! los hombres que llegaron a la madurez y aquellos otros que vieron la nevada heroica de la vida, supieron descansar alumbrándose cerca de sus lámparas, exaltando el caudal inagotable de sus bendiciones, de sus ternuras; acumulando el tesoro para sus hijos. No los dejaban en mitad de la vía sin antes trazarles una ruta cualquiera.

Para los que vamos en Primavera, camino del Invierno, cuánto nos agobia y duele la imagen frágil de estas casillas en que no se da tregua al recuerdo, en que se destroza el corazón, en que se desdibuja la vida de uno mismo para no perturbar la clownesca sonrisa del obeso hombre de negocios, la cansada muñeca de la meretriz de bazar pobre, el vozarrón del artesano infecto y los agudos chillidos de los muchachos desarrapados. Las melancólicas hermanas y las novias pálidas apenas tienen para su pudor, en este vértigo eléctrico del acomodo, el velo de sus cabelleras y la aristocracia de su dolor.....

## BAJO EL AZUL

Me encontré frente al mar, divino mar veteado de ocre y verde.....

A lo lejos, las rocas aparecían en la fantástica visión, como un místico cortejo; y era un ensalmo perfecto el gesto grandioso de la piedra indiferente..... Bancos de arena fina derrumbábanse, cargados de pereza, sobre la líquida esmeralda móvil que besaba sus débiles bases. La brisa perfumada distendía panoramas sonoros que abrían las puertas del corazón para las fiestas taciturnas del espíritu.

Procuraba olvidar, frente a ese mar, en el momento difuso, el frágil dolor que calmaron las tristes llanuras áridas, los monótonos trigales de oro de las serranías y el amor inasequible, pirueta dislocada que quiere cubrir soledades.... Allí no palpitaba el pequeño, el ridículo espíritu de la ciudad indócil y orgullosa, y no pesaba el aire ni se amortiguaba el trino como en los poblachos y en las ferias. Un lucero de bienaventuranza y de fe se prendía en la suave penumbra del fervor.....

Pero.....? olvidaba mi mal de enternecido, mi locura ilimitada, el velo de mi melancolía? No. Era imposible.



Y ante el mar renacía riquísima la sonrisa caída con el mismo escepticismo antiguo. . . . Alejado del amor, sin la llama fortalecedora de la esperanza, pensaba en él con fe. . . . Apartaba al dolor, al frágil dolor que envenena, y él florecía magnífico, nuevamente, hincando sus raíces profundas y absorbentes.

Oh!, la tristeza infinita, el dolor del incurable que mira en son de muerte los huertos florecidos, las blancas margaritas, las triunfales auroras sin tener a flor de labios la propicia canción.

Me pregunté: ¿esperaré que el ruiseñor despierte lleno de luz y haga sonar su música maravillosa en el valle? ¿Iré en busca, dulcísimo y suave, del hada fortuna, veleidosa como las novias, para coronarla de rosas y cantar la loa de su belleza inmutable? ¿Y qué diré al amor ante los cadáveres de las flores marchitas? . . . ¿Esperaré diez, veinte, cien años a que el demonio elegante de la noche cave un abismo para cortar los extravíos del ayer aturdido, las lágrimas miserables del decaimiento y la calma inmóvil del fracaso de sonoro nombre? ¿Qué hacer, qué pensar? . . .

La soledosa interrogación rompió la cadena que ahorraba la lucidez exaltada de la sabiduría.

El espíritu abrió su tesoro de principios.

—Cubrir la soledad con telas de color y flores desvaídas es matar la belleza. Las vírgenes son más hermosas y por hermosas más apetecibles, mientras más desnudas se encuentran, pues canta la naturaleza en el divino ritmo pródigo de la línea, en la rosada suavidad de la carne. La violácea palidez del deseo, cuando se descubre en su ritmo

perfecto, en su plenitud, satisface y agrada, como el titilar de las estrellas temblonas sobre los jardines recogidos. La soledad no debe cubrirse de romanticismos pasados; la soledad es hermosa cuando es absoluta. Y allí aprende el alma a conocer lo inmenso, lo grande, y a conocerse, a través de la música extenuada de las palabras diarias; aprende a no esquivar la vida, a buscar la morada luminosa y el ensueño nuevo.

La canción fluye, entonces, espontánea y armoniosa.

El fugitivo fenómeno del canto registra mejor una "tonalidad", cuando reconoce, frente a la esfinge solitaria, su "pequeñez superior". El mismo ruiseñor, adocenado, en rebaño, pierde su gracia; el magnífico colorismo de su plumaje se confunde, y obra el mimetismo como señor poderoso. ¡Y qué otro es, en cambio, en la fantástica jaula, entre los pintados alambres que sacrifican la gloria del plumaje y el amor de la esperanza, cuando la rebeldía excita al cantor enseñándole un azul límpido y enorme... El espíritu se anima, brilla, dora la cárcel y trina, maravilloso, en la "soledad innumerable"...

La plática continuaba sutil, engarzando en oro rayos de luz.....

—La fortuna viene cuando no la buscamos, cuando, displicentes, pensamos entrar en el arcano de la Muerte. Viene cual un romántico navío, desplegando a los cuatro vientos las velas blancas. En alta mar—dicen los viajeros—, parece un enorme corazón beodo.... ¡La fortuna! Es pálida, es loca, es divina. En el silencio mortal de la espectación, su voz es una clarinada que estremece y que hace parpadear, deslumbradas, a las lejanas estrellas.

—¿Flores marchitas, horas aturcidas e inquietas? Todo igual. La primavera ama y mata... Y las rosas como las mujeres nacieron y crecieron para amar, y ley santa es dejar la huella del perfume en el éxtasis del fervor. La virginidad se hizo para perderla en la vida, gozando de su calor en armonía mutua, mientras se mira el sereno florecer de los astros pensativos y mientras la rueda furtiva del tiempo derrama los inútiles dones...

Las flores marchitadas son poemas piadosos. Transmutan su belleza en ansia de eternidad y sacrificio, siguiendo la armonía y la ruta ligera de la ley natural. Dejar en lo hondo de la entraña fecunda, la semilla que fructificará es acción sabia... Lo demás acaso es sólo el calmado reposo de muerte, el mismo calmado reposo del que espera un dón con la voluntad destruída y las pupilas ciegas....

## EL POEMA DE LAS MADRES

¡Las madres! Cómo gastaron sus energías y belleza imponderables en las noches profundas para dar el fruto mejor que engrandecería su vida! Laceraron su cuerpo, comprimieron sus pupilas vigilantes, aplastaron las formas floridas de sus senos y en la ternura de la fiebre florecieron como lirios, como lirios rojos, plenos de sangre y avidez. Esparcieron su perfume,—ellas, ¡oh perfectas!— y en las estancias olvidadas como corazones desencantados que esperaran el retorno de un éxtasis que pasó, regaron las rosas de una infinita ternura innumerable. Todos los vientos recibieron una exhalación de ternezas más grande que cualquier tesoro. Allí hablaba el alma enorme de las madres ennoblecidas con el fruto voluptuoso que cargaban en sus blandas entrañas; allí hablaba el sueño de las madres, deslumbrante como el sol, empujándose hacia el infinito para hurtar un velo de luz con que cubrir más tarde al hijo poderoso; allí palpitaba la armonía de luz de las pupilas maternas embebidas y trémulas, anhelantes por acaparar la eternidad, el placer, la hermosura para el rubio trigal de la carne del hijo—¡miseró mortal como todos, a pesar de los desvelos pavorosos y de los silencios de sangre de las madres!—; allí se presentía y vibraba como una

serena tempestad anochecida, el alma vacilante, tortuosa e informe, de aquel que al venir al mundo semejante a un débil abrazo, regaría de dolor los jardines iluminados.

¡Oh, las madres divinas e inválidas que se cubrieron con las pesadas mortajas de la noche para palpar el universo! Con sus labios vergonzantes y tímidos y sus manos desnudas y albas, clamaron a un Dios invisible para que no tronche el retoño, para que el prodigio del amor sea una aurora inefable!

En el vértigo de los nueve meses, despetalados como nueve rosas, sus muslos temblaron de comprensión, y pudo aún oírse el ritmo desnudo del corazón semejante a una caja de música pavorosa. Y cuando el vientre florecido para castigar el cansancio abrióse como un sonoro fruto y el hijo vió la luz semejante a racimos propicios, desde la bahía del amor, crucificando la excelsa visión de la vida, la madre dióle en un soplo su imagen altísima y también una lágrima, lágrima inoportuna que le enseñara a llorar toda la vida . . . . Pero el hijo, al abrir sus pupilas violadas, llevaba ya en el fondo del alma un racimo de estrellas, un cielo azul, un haz de caminos y un abismo infinito; él enderezará una ruta cualquiera con este tesoro que realmente no es sino una limosna, y sus manos torcidas en la lucha, aprenderán a ser garfios trémulos para hincarse en los valles prometedores, en la roca aislada del placer y en las trenzas perfumadas del amor. Más como nació metido en la carnaza, en el opaco cuerpo como en una mortaja irremediable, será frágil y semejante a un débil barco de papel; y el dolor, monstruo de mil cabezas, flagelará las arterias persistentes, derruirá la cal de los huesos, marchitará el pensamiento ágil y suntuoso, y en fôrma de amor,

amargará el corazón gastado destruyendo sus teorías, sus inclinaciones. Por tí ¡oh dolor!, las pupilas apagarán su brillo metálico y tomarán el color pesado de las aguas cansadas; las palabras no brotarán dominadoras porque los labios no sabrán pronunciarlas y la lengua, apenas será un largo pétalo reseco. El silencio se alzaré como un cáliz desde el corazón del hijo.

Y el hijo, "panal de frescura", oasis venturoso, abierto paraíso, la más grande gloria de la madre; el hijo que fue cuidado, mimado, acariciado de rodillas, con las manos blandas y el corazón trémulo y para quien se escudriñó el mejor rincón azul, la cuna más suave como si se trajera el mejor regalo de la primavera; el hijo que recibió siete mil veces una ternura desbordada en besos y por quien se olvidó la herida del costado, la sangrante herida que fluye siempre, atenaceado, por el dolor hará rodar su corazón como un aro de sándalo en busca de placer y olvidará a la madre trémula, a la madre que supo ofrendarse desvelada, por su dicha.

\* \* \*

He visto la infinita dolencia de las madres a través de sus rostros tan pálidos como el ocaso y he recibido sus lágrimas ardientes en mis manos curvas. ¡Las madres abandonadas! Saben llorar con un dejo de angustia y desesperación que el corazón se triza. Lloran por los hijos, por todos los hijos, los infortunados, desventurosos, afortunados sin amor que un día huyeron como las naves para no volver o para retornar desvalidos, pálidos, insatisfechos, dolorosos, indigentes .... Sus rubias trenzas que antaño eran la gloria del amor, desvaídas como rosas

bañadas de otoño, ya sólo sirven para cubrir el dolor del pensamiento triste, que se refleja en el indolente descuido del traje semejante a esos tules vagos del ocaso con que se coronan las altas cimas; sus pupilas enormes de un hechizo más grande que la fascinación inerte de los ídolos, pupilas que borrarón muchos sueños, en los pretéritos años, ya sólo saben humedecerse esperando la llegada del hijo. ¡Oh, el dolor infinito de las madres abandonadas, de aquellas que esperando todo del hijo no reciben nada y se encuentran solas en las cumbres del invierno!

Olvidamos su indigencia, su dolor, y vamos al valle de la orgía a anularnos como siervos despedidos que quisieran romper la mordaza de los fracasos, y allí saltamos, gozosos, desponjándonos de las miserias; nosotros, débiles e incipientes, nos abrazamos tercamente al demonio del alcohol derrochando nuestro mísero patrimonio para alcanzar la inmovilidad y sólo conseguimos una nueva amargura en los labios y un ahogo profundo del corazón; nosotros opacos y deformes, como esas figuras que aparecen cuando muere el día, nos encaminamos a los barrios apartados, desiguales y borrosos, en busca de las mujeres pródigas que tienen la carne marchita, las pupilas gastadas y una perenne risa trágica y vaciamos nuestros bolsillos en sus manos y luego, ebrios de tristeza, retornamos a la casa con el corazón cansado en la mano, como un averiado tesoro que quisiéramos abandonarlo, y en estas correrías indecibles y en otras mil, no pensamos en ellas, las divinas ancianas dolorosas que esperan suavemente la muerte corporal, porque ya ha muerto el alma con el puñal agudo de los hijos que les abandonaron.

Las madres solas en las estancias profundas, para tanto olvido poseen dos ríos de lágrimas que se desbor- dan y la plegaria más dulce y eterna. Es una compensación, porque nosotros, indigentes bajo el impenetrable azul del cielo, no tenemos ni el diamante fuerte de una lágrima pura, y nuestros labios y nuestros dientes, tan imperfectos como nuestras almas, sólo mascullan palabras duras como esos salivazos de los cafetines.





## EL POEMA DE LA NOCHE

La noche sepulta al fracaso invicto de los hombres en el mármol negro del olvido y cual arcilla fértil, hace florecer, en el día, anhelos y esperanzas infinitas. Ella, al distender su oscuro velo de sombra, cubre protectora al crimen hirsuto, al felino dolor del odio y a la locura infatigable del instinto, galopante como un ágil corcel conquistador. Y acalla el grito misterioso de las mil vírgenes— ¡las vírgenes pálidas del inefable sacrificio cruento!—que se retuercen, voluptuosas y magníficas, en el tálamo grandioso, para sentir la belleza soñada en las noches vigilantes. ¡Oh, las madres divinas que en aquellos momentos ya avizoran el calvario de sus hijos y el dolor que hará presa en su frágil carne rubia!

En las noches profundas, yo he oído el sollozo pálido de las madres; y, sus gritos entrecortados de dolor semejaban una elegíaca orquestación de rosales. Sus labios santos florecidos de angustia, borbotaban la súplica por todos los hijos; sus pupilas adentraban la sombra para convertirla en plegaria excelsa. En el corazón de todas ellas había el fuego depurador y el bálsamo de las consolaciones.

Ante la soledad innumerable de la noche, yo he visto cubrirse de espesos sudarios a las esposas abandonadas. Sus manos albas—sabias manos expertas al oficiar los ritos—, en las insondables noches de abandono, no pudieron aprisionar el tesoro áureo y sólo tejieron coronas de espinas. En el sueño provocado a fuerza de disciplina, rodaron por mares incognocibles, y siete mil pecados inmortales, pecados excelsos, clavaron las puntas de sus dagas relucientes en la fragante carne túrgida. Los vocingleros pájaros de las playas exultantes en que descansaron, hicieron sonar músicas cascabeleantes de lujuria y depravación. Y ellas— ¡oh, las dulces esposas solitarias!— danzaron embriagando al instinto enfurecido, mientras la locura agitaba, como un haz de tirsos, los nervios anhelantes.

En las noches insondables he oído, a lo lejos, el alarido de las Magdalenas zaheridas en la hora de los alumbamientos. ¡Cómo temblaba el eco de sus voces tremantés! Y, acaso eran escupitajos de sangre sus palabras blasfemas, sus rojeantes adjetivos. Así lanzaban el fruto de sus vientres—! carne de su carne, sangre de su sangre!—, empinándolo hacia el Gólgota, porque no obró el azulado veneno y el dislocamiento felino para desarticular los órganos generosos de aquel que, al venir al mundo, elevaría su oración de bondad con besos suaves y párpadeos ingenuos. Aquellos nacidos en la hora fúnebre del vicio, tras los largos histerismos de las madres, llorarán lágrimas duras ante la cruz descomunal de la vida; y sus almas serán peldaños de la escalera del crimen, y sus virtudes un mito y su hermosura frágil ¡festín de canes en los largos caminos soledosos!

¡Oh, las noches de los poetas! He oído sus imprecaciones más fuertes que el alcohol, y he visto sus decaimientos en las arrugas excelsas de sus frentes pálidas. Porque el sol es bonachón y burgués, odian al sol. Todo sol es amargo y su luz alumbra las miserias trajeadas de color, el hollín de las cosas negras y la calva ridícula de los poblachones informes que se fatigan por el mendrugo de pan, el hueso roído y la corteza de los frutos. Yo los he visto— ¡oh, inválidos todopoderosos!—bordar el madrigal, cincelar el poema, engañar en oro el exquisito soneto; los he visto trasvasar su sangre, cual savia potente de arbusto florecido, a la palabra prometedora; los he visto escudriñar el espíritu en los meandros más recónditos, en busca de tesoros, de imágenes, de elocuentes transparencias. Yo sé de sus gestos invulnerables ante el abismo, de sus infatigables locuras— ¡tropel de vencedores en busca de bellezas!—, de sus fervores místicos. ¡Oh, las divinas noches de los poetas! Para ellos, la noche es la Excelsa; y la inciensan con incensarios de oro y la conjuran con frases esculpidas en diamantes.

¡Oh, el encanto de las noches frívolas, de las noches de desolaciones, de dolores y odios, de placeres imprevistos, de satanismos, que llenan de aroma el corazón! Los taciturnos errantes, desventurados y venturosos sin amor, saben muy bien aquilatar el panorama de los jardines nocturnos, que se forma en el fondo del espíritu callado.

\* \* \*

Fray Anarcasis ora. Fray Anarcasis—¡silencioso fraile santo!—martiriza sus rodillas en el duro enlozado. Fray Anarcasis palidece, amarillea. ¿Qué le sucede al santo?

¡Ah! El santo ha visto transfigurarse al Nazareno, al dulce Nazareno varón de pró. Y luego, ha visto— a través de su deseo amarillo como de vómito—, a un tropel de vírgenes que acuden a su deseo, para los goces impre-vistos.

La cal de la celdilla se oscurece . . . . La noche sacude sus tirsos. ¡Oh, el encanto de la noche que galopa extasiada!

\* \* \*

Noche primaveral. María Gracia duerme, contemplándose interiormente su belleza, en la alcoba familiar. Nelson, su hermano, siente el vértigo del deseo. A través de su carne y de sus nervios florece un fermento de marisma. ¡Es un barco ebrio que no conoce horizontes!

El instinto le ha clavado sus garras felinas, cegándole las pupilas. La busca, la busca como una serpiente acuchillada. Hacia ella, hacia María Gracia,—flor exultante de dieciocho primaveras intocadas—va ligero y anhelante. Ella es la Fuente Eterna; El, la Locura.

Nelson, el efebo bello, posa sus labios en el seno túrgido y se desmaya . . . . Se oye un grito que es un puñal fulgurante en la sombra.

\* \* \*

La noche ríe su carcajada . . . .

La noche es un demonio elegante que viste de frac. Cuando el Burgués Sol muere en el distante horizonte, él enhebra su discurso elocuente y enojado y magnífico, va

a exaltar el preciosismo de las cabelleras fragantes de las novias y a palpar lós senos trémulos de las esposas.

Cuando este Príncipe del Vicio y del Amor penetra en las estancias, se derrumban las cuatro paredes del dolor. Si, el demonio de la noche es el galán esperado, el efebo invocado por las novias y las vírgenes solitarias y tristes.

Las mujeres fracasadas huyen, en cambio, de él porque saben que sus diamantes semejan lágrimas irremediables; sus rubíes, gotas deslumbradoras de sangre, y sus esmeraldas, cánceres de vicios misteriosos, concreciones de recónditas y profundas melancolías, ahogos de hiperestesias provocadas.

Cuando el demonio elegante de la noche pasea la aristocracia de su hastío por las calles de poblachos y ciudades, éstas, humildosas inclinan sus cervices vulgares y excelsan su nombre.

¡Oh, el encanto de la noche que sabe a misterio!



# INDICE

	<u>Páginas:</u>
Normas al amigo...	V
Un caído .....	3
Página de novela...	7
Frivolidades .....	11
El amor de María Teresa .....	15
El fracaso.....	19
Las bellas inquietudes .....	23
El divino tormento.....	29
Pecados leves.....	33
La cosecha de esqueletos .....	37
Una amiga moderna.....	41
Doble arista del amor.....	43
Divagación sobre arte.....	51
Gabriela Mistral. . . . .	53
Poetas centroamericanos.....	61
Recogimiento .. . . . .	67
El Vampiro .. . . . .	71
Capachito .. . . . .	75
Rubén Darío .. . . . .	79
Medallón .. . . . .	87
La locura.....	89
A flor de vida nueva .. . . . .	91
Risa pagana .. . . . .	93
Serenidad .. . . . .	95
Silencio, bello silencio .. . . . .	97
Renunciación.....	99
De la volubilidad de las cosas .....	101
Baladas del éxtasis.....	103
Sinfonía del recuerdo .....	105
Las fiestas taciturnas.....	107
El poema de la casa familiar.....	111
Bajo el azul.....	115
El poema de las madres.....	119
El poema de la noche.....	125